



REPUBLICA ARGENTINA

DIARIO DE SESIONES

CAMARA DE DIPUTADOS DE LA NACION

7ª REUNION – Continuación de la 2ª SESION
ORDINARIA – ABRIL 24 DE 2002

PERIODO 120º

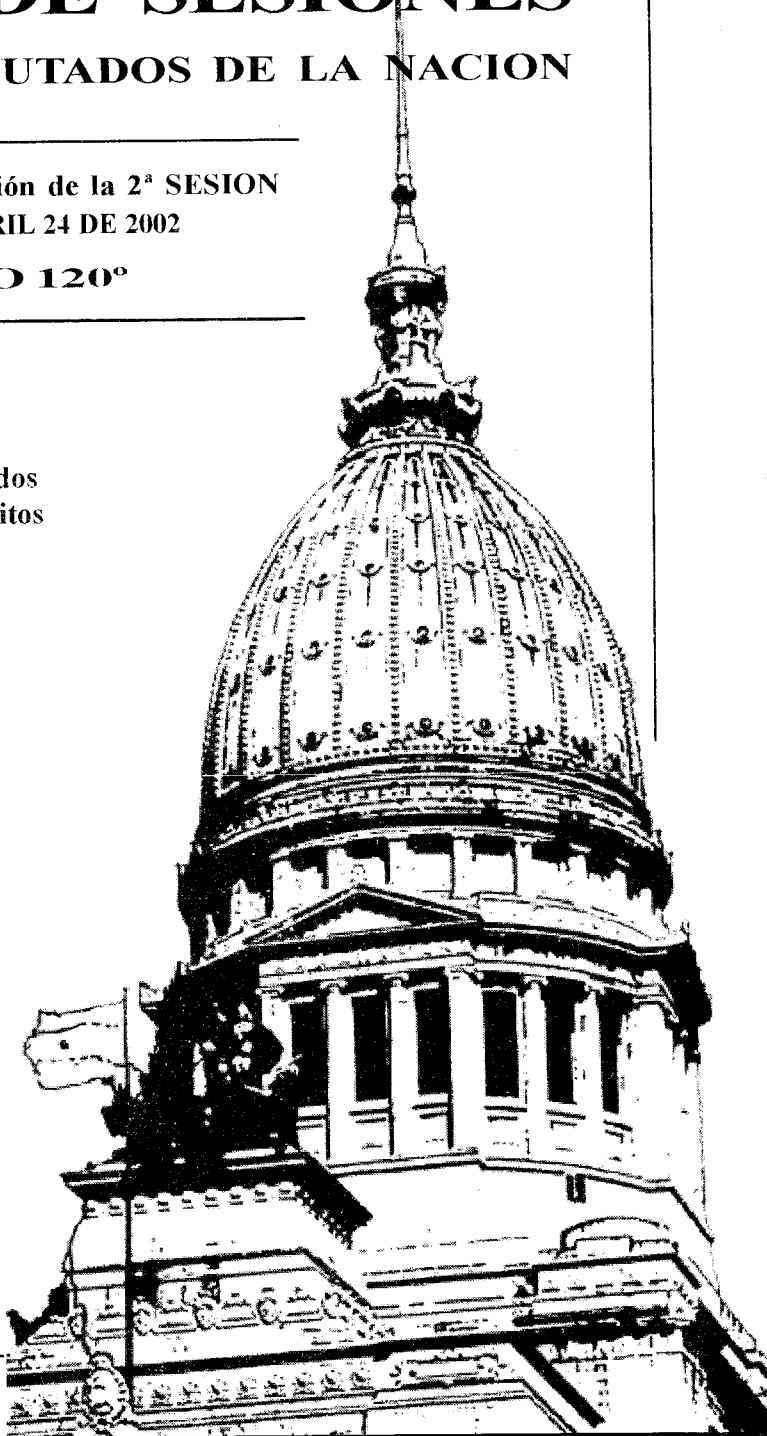
Presidencia de los señores diputados
Eduardo O. Camaño, Oraldo N. Britos
y Alberto A. Natale

Secretarios:

Don Eduardo D. Rollano,
doctor Carlos G. Freytes
y don Jorge A. Ocampos

Prosecretarios:

Doctor Juan H. Estrada
e ingeniero Eduardo Santín



DIPUTADOS PRESENTES:

ABALOS, Roberto José
 ACCAVALLLO, Julio César
 ACEVEDO, Sergio
 AGÜERO, Elda Susana
 ALARCIA, Martha Carmen
 ALARCÓN, María del Carmen
 ALCHOURON, Guillermo Eduardo
 ALESSANDRI, Carlos Tomás
 ALESSANDRO, Dario Pedro
 ALLENDE, Alfredo Estandislaio
 ALVAREZ, Roque Tobías
 AMSTUTZ, Guillermo
 ARGÜL, Marta del Carmen
 ARNALDI, Mónica Susana
 BAIGORRIA, Miguel Ángel
 BALADRÓN, Manuel Justo
 BALLÁN, Alejandro
 BALFUZZI, Ángel Enzo
 BASHLE, Daniel Armando
 BASTEIRO, Sergio Ariel
 BASUALDO, Roberto Gustavo
 BAYLAC, Juan Pablo
 BAYONZO, Liliana Amelia
 BECERRA, Omar Enrique
 BERTONE, Rosana Andrea
 BLANCHI SILVESTRE, Marcela A.
 BIGLIERI, María Emilia
 BLANCO, Jesús Abel
 BONACINA, Mario Hector
 BORDENAVE, Marcela Antonia
 BORTOLOZZI, Adriana Raquel
 BRAVO, Alfredo Pedro
 BREARD, Noel Eugenio
 BRIOZZO, Alberto Nicolás
 BRITOS, Orafdo Norvel
 BROWN, Carlos Ramón
 BUCCO, Jorge Luis
 CABALLERO MARTÍN, Carlos Aurelio
 CAFIERO, Mario Alejandro Hilario
 CAIYO, Pedro Jorge Camilo
 CAMAÑO, Eduardo Oscar
 CAMAÑO, Graciela
 CAMBARERI, Fortunato Rafael
 CANEVAROLO, Dante Omar
 CANTINI, Guillermo Marcelo
 CAPELLO, Mario Osvaldo
 CAPPILLERI, Pascual
 CARRIÓ, Elisa María Avelina
 CASANOVAS, Jorge Osvaldo
 CASTELLANI, Carlos Alberto
 CAVALLERO, Héctor José
 CAVIGLIA, Franco Agustín
 CEREZO, Octavio Néstor
 CETTOUR, Hugo Ramón
 CHAYA, María Lelia
 CHACCHIO, Nora Alicia
 CIGOGNA, Luis Francisco Jorge
 CISTERNA, Victor Hugo
 CONCA, Julio César
 CONTE GRAND, Gerardo Amadeo
 CÓRDOBA, Stella Maris
 CORFIELD, Guillermo Eduardo
 CORREA, Elsa Haydée
 CORREA, Juan Carlos
 CORTINAS, Ismael Ramón
 COTO, Alberto Agustín
 COUREL, Carlos Alberto
 CUSINATO, José César Gustavo
 DAHER, Zulema Beatriz
 DAMIANI, Hernán Norberto Luis
 DAUD, Jorge Carlos

DE NUCCIO, Fabián
 DI BENEDETTO, Gustavo Daniel
 DI LEO, Marta Isabel
 DÍAZ BANCALARI, José María
 DÍAZ COLODRERO, Agustín
 DRAGAN, Marcelo Luis
 ELIZONDO, Dante
 ESAÍN, Daniel Martín
 ESCOBAR, Jorge Alberto
 FALBO, María del Carmen
 FALÚ, José Ricardo
 FAYAD, Victor Manuel Federico
 FERRARI de GRAND, Teresa Hortensia
 FERRERO, Fernanda
 FIGUEROA, José Oscar
 FILOMENO, Alejandro Oscar
 FOGLIA, Teresa Beatriz
 FORESI, Irma Amelia
 FRIGERI, Rodolfo Aníbal
 GARCIA, Eduardo Daniel José
 GARRÉ, Nilda Celia
 GASTAÑAGA, Graciela Inés
 GELJO, Ángel Oscar
 GILBERGIA, Miguel Ángel
 GIUSTINIANI, Rubén Héctor
 GÓMEZ, Ricardo Carmelo
 GONZÁLEZ, María América
 GONZÁLEZ, Oscar Félix
 GONZÁLEZ, Oscar Roberto
 GONZÁLEZ, Rafael Alfredo
 GOY, Beatriz Norma
 GROSSO, Edgardo Roger Miguel
 GUTIÉRREZ, Alicia Verónica
 GUTIÉRREZ, Francisco Virgilio
 GUTIÉRREZ, Gustavo Eduardo
 GUTIÉRREZ, Julio César
 HERRERA, Griselda Noemi
 HERZOVICH, María Elena
 HONCHERUK, Atlanta
 HUMADA, Julio César
 INSFRAN, Miguel Ángel
 IPARRAGUIRRE, Carlos Raúl
 ISLA de SARACENI, Celia Anita
 JAROSLAVSKY, Gracia María
 JARQUE, Margarita Ofelia
 JOBE, Miguel Antonio
 JOHNSON, Guillermo Ernesto
 KUNEY, Monica
 LAFALLA, Arturo Pedro
 LAMISOVSKY, Arnoldo
 LARREGUY, Carlos Alberto
 LEONELLI, María Silvina
 LERNOUD, María Teresa
 LIX KLETT, Roberto Ignacio
 LLANO, Gabriel Joaquín
 LOFRANO, Elsa Gladis
 LÓPEZ, Juan Carlos
 LORENZO, Antonio Arnaldo
 LOUTAIF, Julio César
 LUGO de GONZÁLEZ CABAÑAS, Cecilia
 LYNCH, Juan C.
 MACALUSE, Eduardo Gabriel
 MALDONADO, Aida Francisca
 MARTÍNEZ, Alfredo Anselmo
 MARTÍNEZ, Silvia Virginia
 MARTÍNEZ RAYMONDA, Rafael Juan
 MASTROGIACOMO, Miguel A.
 MATZKIN, Jorge Rubén
 MEJILLO, Fernando César
 MÉNDEZ de FERREYRA, Araceli Estela
 MENEM, Adrian

MILESI, Marta Silvia
 MILET, Juan Carlos
 MINGUEZ, Juan Jesús
 MIRABILE, José Arnaldo
 MOISÉS, Julio Carlos
 MOLINARI ROMERO, Luis Arturo R.
 MONTEAGUDO, María Lucrecia
 MONTOYA, Fernando Ramón
 MORALES, Nélida Beatriz
 MOREAU, Leopoldo Raúl Guido
 MUKDISE, Miguel Roberto Daives
 MUSA, Laura Cristina
 NARDUCCI, Alicia Isabel
 NATALE, Alberto Adolfo
 NERI, Aldo Carlos
 NIETO BRIZUELA, Benjamín Ricardo
 NIEVA, Alejandro Mario
 OBEDI, Jorge Alberto
 OCAÑA, María Graciela
 OLIVERO, Juan Carlos
 OSORIO, Marta Lucía
 OSTROPOLSKY, Aldo Héctor
 OSUNA, Blanca Inés
 OVIEDO, Alejandra Beatriz
 PALOMO, Nélida M. (no incorporada)
 PALOU, Marta
 PARENTELLA, Irma Fidela
 PASCUAL, Jorge Raúl
 PATTERSON, Ricardo Ancell
 PELAEZ, Victor
 PEPE, Lorenzo Antonio
 PEREZ MARTÍNEZ, Claudio Héctor
 PERNASETTI, Horacio Francisco
 PICAZO, Sarah Ana
 PICCININI, Alberto José
 PILATI, Norma Raquel
 PINTO BRUCHMANN, Juan D.
 POLINO, Hector Teodoro
 POSSE, Melchor Ángel
 PRUYS, Rubén Tomás
 PUG de STUBBIN, Lilia Jorgelina G.
 QUINTELA, Ricardo Clemente
 QUIROZ, Elsa Siria
 RAIMUNDI, Carlos Alberto
 RAPETTI, Ricardo Francisco
 RATTIN, Antonio Ubaldo
 RIAL, Osvaldo Hugo
 RICO, María del Carmen Cecilia
 RIVAS, Jorge
 RIVAS, Ojijela del Valle
 RODRÍ, Rodolfo
 RODRÍGUEZ, Jesús
 RODRÍGUEZ, Marcela Virginia
 ROGGERO, Humberto Jesus
 ROMÁ, Rafael Edgardo
 ROMERO, Gabriel Luis
 ROMERO, Héctor Ramón
 ROSELLI, José Alberto
 ROY, Irma
 RUBINI, Mirta Elsa
 SAADI, Ramón Eduardo
 SALIM, Fernando Omar
 SANCHEZ, Liliana Ester
 SAREDI, Roberto Miguel
 SEBRIANO, Luis Alberto
 SELLARES, Francisco Nicolás
 SNOPEK, Carlos Daniel
 SODÁ, María Nilda
 SOLANAS, Julio Rodolfo Francisco
 SOLMOIRAGO, Raúl Jorge
 STOLBIZER, Margarita Rosa
 STORERO, Hugo Guillermo
 STUBBIN, Marcelo Juan Alberto
 TANONI, Enrique
 TAZZUOLI, Atilio Pascual

BORRÓNFEARL, María Angélica
FREJO, Luis Alberto
TULLIO, Rosa Ester
UBALDINI, Saul Edolver
URTUBEY, Juan Manuel
VÁZQUEZ, Ricardo Héctor
VENICA, Pedro Antonio
VILLALBA, Alfredo Horacio
VILLAVÉRDE, Jorge Antonio
VITALE, Domingo
VITAR, José Alberto
VIVO, Horacio
WALSH, Patricia
ZAMORA, Luis Fernando
ZOTTOS, Andrés
ZUCCARDI, Cristina
ZUÑIGA, Ovidio Octavio

AUSENTES, CON LICENCIA:

SCHIARETTI, Juan
SCIOLI, Daniel Osvaldo

AUSENTES, CON SOLICITUD DE
LICENCIA PENDIENTE DE APROBA-
CIÓN DE LA HONORABLE CAMARA:

CASTRO, Alicia Amalia
FERRÍN, María Teresa
GARCÍA MERIDA, Miguel Ángel
HERRERA, Alberto
L'HUILLIER, José Guillermo
LOZANO, Encarnación
MEZA, Martha Elizabeth

SAMPE, Blanca Azucena
SARON, Haydée Teresa

AUSENTES, CON AVISO:

BUSSI, Ricardo Argentino
CARBONETTO, Daniel
DI COLA, Eduardo Román
FERNÁNDEZ VALONI, José Luis
FONTDEVILA, Pablo Antonio
HERNÁNDEZ, Simón Fermín G.
JALIL, Luis Julián
MARTÍNEZ LLANO, José Rodolfo
RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Oliva
TOLEDO, Hugo David
TOMA, Miguel Ángel

— La referencia acerca del distrito, bloque y periodo del mandato de cada señor diputado puede consultarse en el Diario de Sesiones correspondiente a la sesión preparatoria (4ª reunión, periodo 2001) de fecha 5 de diciembre de 2001.

SUMARIO

7. Apéndice:

A. Sanciones de la Honorable Cámara. (Pág. 653)

B. Inserciones:

1. Falbo. (Pág. 655.)

— En Buenos Aires, a los veinticuatro días del mes de abril de 2002, a la hora 18 y 07:

1

**MODIFICACIÓN DEL ARTICULO 80
DEL CODIGO PENAL, SOBRE AGRAVAMIENTO
DE PENAS POR HOMICIDIO CONTRA
MIEMBROS DE LAS FUERZAS DE SEGURIDAD
(Continuación)**

Sr. Presidente (Britos). — Prosigue la consideración en general del proyecto de ley por el que se modifica el artículo 80 del Código Penal, sobre agravamiento de penas (expediente 7.712-D.-01).¹

Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Caviglia. — Señor presidente: como lo señalara en la sesión anterior, que lamentablemente pasó a cuarto intermedio por falta de quórum, el inciso 8° que proponemos incorporar al artículo 80 dice: “A un miembro de las fuerzas de seguridad pública, policiales o penitenciarias, por su función, cargo o condición.”

Expresé en aquella oportunidad que esta iniciativa responde al contexto estructural de una espiral de violencia que actualmente sufren, particular y trágicamente, las fuerzas de seguridad, policiales y del sistema penitenciario.

¹ Véase el texto del proyecto a partir de la página 100 del Diario de Sesiones de la reunión 6ª, continuación de la 2ª sesión ordinaria, del 17 de abril de 2002.

1. **Continúa la consideración** del proyecto de ley por el que se modifica el artículo 80 del Código Penal, sobre agravamiento de penas (7.712-D.-2001). Se sanciona un proyecto de ley sustitutivo. (Pág. 575.)

2. **Moción de orden** formulada por la señora diputada **Camaño** de que se aplaz, por tiempo determinado, el tratamiento de los asuntos contenidos en el plan de labor. Se aprueba. (Página 614.)

3. **Moción de orden** formulada por la señora diputada **Camaño** de que la Honorable Cámara se aparte de las prescripciones del reglamento y **moción** de que se dé ingreso y se trate **sobre tablas** el proyecto de ley en revisión sobre aplicación de la medida cautelar reglada por el artículo 230 del Código Procesal Civil y Comercial de la Nación (23-S.-2002). Se aprueban ambas proposiciones. (Pág. 615.)

4. **Consideración** del asunto al que se refiere el número 3 de este sumario. Se sanciona definitivamente (ley 25.557). (Pág. 615.)

5. **Moción de orden** formulada por el señor diputado **Matzkin** de que la Honorable Cámara se aparte de las prescripciones reglamentarias y **moción** de que se trate sobre tablas el proyecto de resolución del señor diputado **Martínez Raymonda** por el que se solicita al Poder Ejecutivo que autorice a las entidades financieras a convenir la cancelación de depósitos reprogramados (1.778-D.-2002). Se aprueban ambas proposiciones. (Pág. 653.)

6. **Consideración** del asunto al que se refiere el número 5 de este sumario. Se sanciona y se pasa a cuarto intermedio. (Pág. 653.)

Además, señalé que más allá de los distintos criterios de política criminal para diseñar, desarrollar o implementar esta cuestión, esta iniciativa responde a una necesidad institucional: el Congreso debe dar respuesta: quienes, por resguardar la paz social, se encuentran más expuestos o son más vulnerables a la escalada de violencia criminal que se ha desatado en los últimos meses; tal vez, en los últimos años.

Sin embargo, no escapa a mi criterio y consideración que esta reforma por sí sola no es suficiente para avanzar cualitativamente en una política superadora e integral que tienda a acorralar la violencia y reducirla a su mínima expresión.

Muchos se preguntarán por qué no hemos avanzado demasiado en esta problemática. No se lo ha hecho porque es imprescindible, en primer lugar, terminar con las construcciones discursivas y mediáticas, que nos llevan a la falsa disyuntiva de creer que, por un lado, están los garantistas y, por otro, los que proponen la política de mano dura.

Es necesario que pensemos, diseñemos e implementemos una política criminal que esté al margen de las ideologías, porque una política criminal eficaz no puede ser ideologizada en función de los parámetros políticos. En tal sentido, debemos terminar con las desviaciones más comunes de un positivismo que plantea un antagonismo filosófico entre los buenos y los malos, en una realidad maniquea.

La reacción que produjo la criminología crítica, más allá del valor agregado que se supone es muy valioso respecto del elemento contextual sobre el cual debe analizarse el delito, termina lamentablemente en una política criminal de carácter romancista. Y esto, a diferencia de la política de los partidarios de la mano dura, desnaturaliza el fenómeno y termina por desconocer la verdadera problemática.

Por eso —lamento que gran parte de la bancada de la Alianza no esté presente en este debate que nos debemos dar, porque seguramente ha de ser muy rico—, si queremos elevar la política de Estado, es necesario crear consensos, más allá de las diferentes opiniones que tengamos al respecto. Me pregunto —y se lo preguntaría a la mayoría de los señores diputados—: ¿quiénes son partidarios de la mano dura y quiénes del garantismo?

Lo que nos reclama la sociedad legítimamente, y a lo que debemos dar respuesta, es dismi-

nuir los índices de criminalidad y violencia y desarrollar políticas de seguridad. Para eso es necesario avanzar en la construcción de una política criminal que nos saque de esta falsa disyuntiva en que nos han colocado.

Como señalé anteriormente, debemos terminar con los ideologismos, porque más allá de las diferentes opiniones que podamos tener en los distintos bloques respecto de la política a seguir, debemos considerar la implementación de un derecho penal eficaz, de un derecho penal que sea superador de esta falsa antinomia que toma como punto de referencia la realidad social y el carácter científico con que se deben abordar estas problemáticas. Es necesario considerar de una vez por todas la política criminal como una política de Estado: si no, lamentablemente no daremos respuesta a la ola de criminalidad y de inseguridad que hoy vive nuestro país.

En forma integral, sistemática e interdisciplinaria debemos abordar un diseño que avance y vaya más allá de lo normativo, porque en una política criminal integral tal vez lo normativo represente una mínima expresión. No se puede reformar el Código Penal como si se tratara de una ordenanza sobre alumbrado, barrido y limpieza; es necesario generar consenso sobre esto entre las distintas fuerzas políticas que eventualmente puedan llegar a tener responsabilidades de Estado y de gobierno. Este consenso es absolutamente imprescindible para que la política criminal no sea un coto de caza para el gobierno de turno; más allá de la impronta de las reformas o de los criterios de cada gobierno, existe un eje central que debe lograrse por medio del consenso de las distintas fuerzas políticas.

Además, es necesario el diseño y la implementación de una política criminal que no sólo aborde el aspecto normativo —como señalé anteriormente— sino que también bregue y luche —dado que habrá un espíritu corporativo muy fuerte para que esto no se logre— a los fines de lograr la transformación de las distintas piezas que componen el sistema de seguridad interior: fuerzas de seguridad, justicia penal y sistema penitenciario.

Señor presidente: todos sabemos que nuestro país está atravesando por momentos muy difíciles; por esa razón, aclaro que no me extenderé sobre estos puntos. De todas formas, cabe señalar que cuando sobre cien causas la justicia penal dicta sentencia sólo en una, evidentemente algo está funcionando mal. Sabemos que el

sistema penitenciario debe tender hacia la reinserción social del individuo que estuvo detenido; sin embargo, éste termina haciendo un máster o doctorado en criminalidad, en delincuencia, y se reinserta en la sociedad siendo aún más peligroso que al momento de ingresar al instituto penitenciario. Pero él no es el responsable de eso; en rigor, es una víctima de un sistema perverso que en lugar de resocializarlo lo convierte en un engranaje más del esquema delictivo, circunstancia que le impide regenerarse.

Cuando este individuo queda en libertad se enfrenta a la exclusión social. En virtud de sus antecedentes no puede encontrar trabajo, es aislado dentro de la sociedad y considerado un ex convicto. Tanto desde el punto de vista económico como del cultural, educacional y social se le cierran todas las puertas, y no pudiendo conducir su destino, lamentablemente termina reincidiendo en lo único que sabe hacer. Lo cierto es que en una actitud de negligencia el Estado no ha sabido implementar una política que ponga fin a esta industria de la cárcel.

Se debe terminar con la aplicación periódica de parches, con la adopción de medidas aisladas, y avanzar en la instrumentación de políticas estratégicas integrales que reconozcan a la criminalidad como un hecho psicosocial, económico, político y cultural. Si se pretende enfocar este problema sólo desde una óptica normativa, nos equivocaremos.

Es hora de orientar el análisis hacia las causas del delito y la violencia y no limitarse al hecho consumado, más aún cuando se trata de la vida humana, donde el daño es irreparable. ¿En cuánto contribuirá que se determine que quien matare a un policía sufrirá una pena de 35 años de prisión en lugar de 25, frente al hecho irreparable del policía muerto? Una política eficaz es preventiva; apunta, estudia y analiza las causas de la criminalidad y la violencia. Esto evita la consumación del hecho y la aporición de factores que, lamentablemente, sólo permiten el aumento de la pena o la creación de nuevos tipos penales. Por eso es imprescindible modificar el enfoque de la política criminal y avanzar en la comprensión de las causas y los factores que generan la criminalidad.

Tal vez este proyecto pueda ser el punto de partida para adoptar esas medidas integrales a las que hacía referencia, para enfrentar el problema de la inseguridad ciudadana. Este es el

legítimo reclamo de la sociedad y el desafío de las instituciones y de la Cámara de Diputados.

Estamos viviendo una responsabilidad histórica para disminuir este flagelo. Debemos estar a la altura de las circunstancias. Más allá de las distintas extracciones políticas todas las fuerzas en conjunto deben luchar por una sociedad mejor, para lo cual es imprescindible la paz social. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Britos). – Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. – Señor presidente: estamos abordando un tema que sin duda es polémico, y es bueno que en este ámbito se discutan todos los temas, por más polémicos que ellos resulten.

Previamente a introducirme de lleno en el asunto que nos ocupa, quiero aclarar que no solamente la bancada de la Alianza no se encuentra presente en su totalidad sino tampoco otras, ello debido a la difícil situación que está atravesando el país. Pero lo importante es que estemos aquí dando este debate, que en más de una oportunidad ha sido manejado –sobre todo por los medios– con muchísima liviandad y con frases que crean opinión en la gente o acuñan ideas que no se ajustan a la verdad ni a la realidad. Una que recuerdo es la que dice que a raíz de la escalada de violencia que existe en el país ahora se presentan en esta Cámara proyectos como el que estamos tratando. Eso no es verdad; es una aseveración totalmente falsa e injusta.

Este tema lo empezamos a tratar sobre la base de iniciativas de otros señores diputados en la sesión del 1° de noviembre de 2000. Procuramos volverlo a debatir el 1° de marzo de 2001, en ocasión de modificarse el Código Procesal Penal de la Nación con motivo de lo que vulgarmente se conoce como “el dos por uno”. También lo tratamos el 30 de mayo, el 20 de junio, el 4 de julio y los días 27 y 28 de noviembre de 2001, cuando se trató la ley de represión del juego.

Más allá de que en los bloques políticos haya un corte transversal en cuanto a quienes están a favor y en contra –con toda legitimidad, desde luego, porque en el disenso, en la variedad del pensamiento, sin duda está la posibilidad de enriquecer los debates y conseguir en definitiva la norma que todos consideramos mejor–, no podríamos abordar este tema si no lo contextualizamos. La sola mención de la idea de agra-

var o de crear un tipo penal genera diversas reacciones.

El tema se instaló hace tiempo en la sociedad, no sólo en esta Cámara, y también en los medios. El debate es bueno cuando es conducente, y para que eso ocurra debe hacerse sobre bases sólidas, con conocimiento del tema; al respecto, tengo que confesar a mis estimados colegas que pocas veces he visto tanta liviandad, tanta ligereza, tanta superficialidad para abordar una cuestión tan importante como la que nos ocupa.

Decía recién que el problema no reside en que se piense de tal o cual manera, sino en que la idea la sostienen y difunden quienes forman opinión, de manera que ese debate respecto del que afirmaba que para ser conducente tendría que ser abordado con seriedad, no lo ha sido por quienes forman opinión en nuestro país. Quizás se deba a ese permanente mal que padecemos los argentinos de creer que todos sabemos de todo y estamos capacitados para opinar sobre todo, y a lo mejor por eso nos va como nos va.

Vamos puntualmente de qué trata el proyecto en debate, que es el que se tomó como base y que, tal como se anunció desde la Presidencia, está contenido en el expediente 7.712-D.-01. Porque hay varios otros de distintos señores diputados que han abordado la cuestión a través de sendas iniciativas.

Se trata del tipo penal contemplado por el artículo 80, que establece la pena de prisión o reclusión perpetua para la figura penal que la doctrina denomina homicidio calificado, a diferencia del homicidio simple contemplado por el artículo 79. El homicidio calificado impone al juez la obligación inexorable de sancionar con la pena de prisión o reclusión perpetua a quienes incurran en las conductas descritas en los siete incisos que tiene el citado artículo 80.

Es decir que, salvo en el caso del inciso 1.—muerte del ascendiente, descendiente o cónyuge, que requiere el elemento subjetivo—, el juez no podrá aceptar una excepción al principio general, considerar circunstancias atenuantes y aplicar otro tipo de pena: en forma inexorable la pena debe ser para este supuesto de prisión o reclusión perpetua, más la posibilidad de aplicar las medidas de seguridad establecidas por el artículo 52.

El texto original que fue enunciado desde la Presidencia, quedaría modificado así: "Artículo

80. — Se impondrá reclusión perpetua o prisión perpetua, pudiendo aplicarse lo dispuesto en el artículo 52, al que matare..." etcétera. Se mantienen los siete incisos originales y se incorpora un octavo que dice: "8. — A un miembro del personal perteneciente a las fuerzas de seguridad, policiales o penitenciarias, con motivo o en ocasión del ejercicio de sus funciones, o que fuere víctima de la agresión por su condición de tal, aunque no se encontrare cumpliendo actos relativos al desempeño de su cargo."

¿Por qué esta redacción? Decía que esta modificación contiene tres partes sustanciales, destruyendo así rápidamente uno de los mitos que se han construido en torno del tema en el sentido de que este régimen es para los policías. En realidad es mucho más amplio, porque se habla de "un miembro del personal perteneciente a las fuerzas de seguridad". ¿Qué comprende este término "fuerzas de seguridad"? Hasta hoy contiene a la Gendarmería Nacional, a la Prefectura Naval Argentina, a la Policía Aeronáutica Nacional, a las policías federal y provinciales y a las fuerzas penitenciarias federal y provinciales, es decir que es un término muy abarcativo. Por ello, aclaro que a partir de ahora cada vez que haga mención a los "agentes", me estaré refiriendo a los integrantes de las fuerzas de seguridad, policiales y penitenciarias.

El principio que estamos plasmando en este artículo conforma lo que se denomina "protección integral a la funcionalidad". Ya dijimos a qué sujetos comprende, pero en este inciso agregamos: "o que fuera víctima de la agresión por su condición de tal..."

Hacemos esta propuesta porque, lamentablemente, nos encontramos ante un nuevo fenómeno que se ha despertado en nuestro país. La realidad es muy cruel. A estas personas las están matando por el solo hecho de ser agentes. Esto es terrible; es una discriminación. Digo esto porque en la escala delictual —lo saben quienes directa o indirectamente conocen del tema— es incluso un motivo de ascenso en la jerarquía criminal. En ese esquema de valores tan especial que tiene el delito, quien atenta contra un agente tiene un mérito y está mejor categorizado.

Los agentes son prácticamente fusilados; ni siquiera hay combate. Los matan por el mero hecho de ser agentes. En una sociedad que a pesar de las dificultades pretende vivir en un Estado de derecho esto es verdaderamente patético.

En la tercera y última parte del inciso ampliamos el concepto y lo extendemos a la protección integral al señalar: "aunque no se encontrare cumpliendo actos relativos al desempeño de su cargo". Tengamos en cuenta que el agente es tal todo el tiempo, aun en los francos, en vacaciones o mientras está en su barrio. No me gusta caer en generalizaciones por medio de ejemplos individuales, pero lo cierto es que hay muchísimos casos conmovedores que podríamos mencionar. No voy a apelar al sentimentalismo, porque acá no se trata de tener mayor o menor sensibilidad sino de resolver un problema. Sin embargo, sabemos que cualquier agente de seguridad que viaje en un colectivo que es asaltado, si es identificado como miembro de una fuerza, directamente es matado.

También debo decir que en muchos barrios precarios y con dificultades hubo hombres y mujeres que optaron por incorporarse a alguna fuerza de seguridad respondiendo a su vocación: en vez de elegir el mal prefirieron el bien. Más de una vez en algún barrio los han matado por el solo hecho de ser policías y sin estar de servicio: sencillamente en camino a la proveduría o volviendo del almacén.

Por eso hablamos de una profesión integral, y quiero agregar un mero dato estadístico a efectos de ejemplificar, no de hacer patética la situación, que de por sí lo es. De cada diez víctimas de la fuerzas de seguridad, siete han caído hallándose de franco, de vacaciones, e incluso en muchos casos se trata de personal retirado que en más de una oportunidad —porque son agentes y es su responsabilidad— han intervenido en acciones delictivas.

Nos han conmovido los últimos crímenes que se han cometido contra fuerzas de seguridad. En ese aspecto, no ha habido jerarquías, han muerto todos por igual. En definitiva, es como la vida, terminamos muriéndonos todos: pobres y ricos. Sin distinción de graduación, ellos también mueren, y pueden ser muy impresionantes esas muertes.

Hace tiempo que habíamos solicitado el tratamiento de este tema, pero no guiados por una agenda. Incluso voy a citar algunas estadísticas, porque a veces solamente se hace referencia a lo que ocurre en esta Capital respecto de la Policía Federal, agregándose a veces los caídos en la provincia de Buenos Aires. Pero la Argentina es mucho más grande y las modali-

dades operativas del delito tienen características distintas según las zonas.

Si consideramos lo que dicen las estadísticas, advertiremos que se producen una muerte por día y más de cuatro lesiones diarias. Sin embargo, aun cuando se produjese una sola muerte al año de un miembro de las fuerzas de seguridad, el principio de la protección integral también sería procedente. Por ende, es adecuada la reforma que estamos introduciendo al considerar como homicidio calificado a estos casos, así como también el agravamiento de las lesiones leves, graves y gravísimas contenidas en el resto de los artículos del Código Penal.

Algunos consideran que esta protección integral es un privilegio. Pregunto quién de los señores diputados quisiera gozar de este raro y extraño privilegio de que le agraven la pena a quien lo mate.

¿De dónde deviene este principio de la protección integral? A tal efecto realizaré un desarrollo del tema que trataré sea sintético. En este sentido, les pido que no me examinen con rigor académico.

Las sociedades de todos los tiempos necesitaron establecer normas mínimas de convivencia como forma de organización. Eso dio origen al Estado de derecho, que a su vez generó el hoy tan cuestionado principio de la representatividad.

Dicen algunos muy inteligentes que los pueblos no se pueden gobernar directamente ni en todo ni por siempre.

Ese es el origen de la representatividad, y así está establecido en el artículo 22 de la Constitución Nacional, donde se señala que "el pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes..."

No quiero provocar jocosidades ni reacciones inconducentes, pero quien se esgrima representante del pueblo sin serlo comete el delito de sedición, tal como figura en el mencionado artículo. Esto nos habla de un principio de legalidad, que es básico en el Estado de derecho. Lo peor que podemos hacer es apartarnos de esta normativa y de estos criterios.

Para garantizar esta convivencia civilizada a través del Estado de derecho se reconoce el monopolio de la fuerza a fin de lograr el cumplimiento y la observancia de dichas normas de convivencia. De allí deviene que las fuerzas de seguridad lo ejerzan en nombre de ese Estado de derecho que nos representa a todos los ar-

gentinos. Esta seguridad, cuya terminología en latín significa "sin temor" —que implica que estamos cuidados— es originaria del Estado de derecho y la delegación que se produce cuando se ejerce el monopolio de la fuerza.

De esta manera nace el derecho penal. Este derecho no contiene preceptos. Es decir que dichos conceptos son extracódigos. Esto significa que en ninguna norma, en ningún tipo penal ni en ningún artículo —hago referencia expresamente al artículo 80— dice "no matar"; ése es el precepto. El tipo penal sanciona la violación de dicho precepto y señala "el que matare". Se supone que éstos son los preceptos básicamente conocidos por todos, no es una ficción ya que tampoco es un hecho natural terminar con la vida de un semejante.

La observancia de ese conjunto de normas y reglas de convivencia requiere dureza cuando se las viola. De allí deviene la pena. Establecer un tipo penal no es mandar mensajes: requiere saber cuál es el fin de esa pena, por qué se pena una conducta. La imposición de una pena tiene tres objetivos fundamentales: el primero es la sanción, porque se violó el precepto; el segundo es permitir la readaptación y reeducación para la posterior reinserción en la sociedad de quien cometió un delito, y en tercer lugar cumple una misión ejemplificadora, en el sentido de que si se comete tal actividad delictiva habrá una sanción. Estos principios conforman una triada; no es un capricho y tiene el sentido que acabo de señalar, porque cuando no hay sanción ante la violación de la norma, aparece la impunidad.

Hace aproximadamente dos años, un jurista que debe ser uno de los mejores de Iberoamérica me obsequió un libro que aborda el tema de la anomia. Me estoy refiriendo al doctor Jorge Reinaldo Vanossi, quien fue integrante de la Cámara de Diputados, lo cual nos llena de orgullo. Cuando describe la anomia —préstese mucha atención porque esto se relaciona con lo que está pasando en la Argentina de hoy— señala que las sociedades entran en una situación tal que desaparece todo marco de referencia y parámetro que permita valorar y computar las conductas: da lo mismo lo legal que lo ilegal, lo permitido que lo prohibido, lo válido que lo inválido. Es una suerte de limbo en el cual se flota, y la sociedad se ve autoestimulada a obrar según la ley de la selva, es decir, al margen de toda regulación.

Fijense qué importante es esta reflexión que el doctor Vanossi plasmó hace tiempo en su libro sobre la anomia. La anomia es un estado preanárquico o casi anárquico, pero el problema de la anarquía no es que no hay políticos ni partidos ni Congreso sino que no hay ley, no hay quien la respete y mucho menos quien la aplique.

Por lo tanto, es bueno que se dé hoy este debate que en algún momento se pudo haber eludido por la connotación que tiene. No hay que partir de preconceptos pero tampoco de falsedades, porque el problema de fondo es la inseguridad en el país, que no es una sensación sino una triste realidad.

He conversado con muchos señores diputados y nadie piensa que el problema de la seguridad se soluciona exclusivamente agravando las penas. Ninguno de los 257 legisladores de esta Cámara piensa de esa manera; sin embargo, dicen que ésa es nuestra opinión.

El problema de la seguridad pública requiere armar esquemas, gabinetes interdisciplinarios, ahondar en las causalidades de los actos delictivos y analizar los temas sociales, económicos, culturales, el problema de las armas y el de los medios, con sus programaciones violentas. ¿O creen que la violencia que por tantos lados se difunde iba a ser gratuita? No, señores diputados.

Estamos viviendo esta situación como resultado de varios fenómenos culturales y económicos. Seríamos unos ignorantes si no advirtiéramos que hay una estrecha relación entre el triste crecimiento de la violencia en el seno de la sociedad, entre otras cosas, y la situación económica. Pero déjenme que diga también que los pobres no son delincuentes.

No podemos ofender a la gente que está sufriendo y padeciendo como nadie la desocupación, que no tiene trabajo o su nivel de ingreso no le permite vivir holgadamente. Son pobres pero son tan dignos como cualquier otro.

No creamos que defendemos a los humildes encontrando la justificación delictual, sobre todo en el ataque a la vida, en la situación económica.

Utilizar este argumento es casi una humillación a los pobres dignos de este país, quienes incluso en la miseria continúan sin incurrir en el delito. Por supuesto que la situación económica es un condicionante muy importante, pero no lo es menos la mala educación y tantos otros ele-

mentos que llevan a un comportamiento delictivo en el país.

Existe una especie de confrontación de culturas que surge de la diversidad de valores. Se confrontan los valores cuando para alguien la vida vale mucho mientras que para otro no vale nada, cuando se actúa con desprecio por la vida de los demás.

El Código Penal presenta, después de la parte especial, una graduación de los valores que debe tener la sociedad. En caso contrario, estaría todo perdido. Empieza por el derecho más importante, que figura en el artículo 79 y que es el derecho a la vida. En consecuencia, debemos defenderlo con el mayor de nuestros esfuerzos.

¿Cómo solucionamos esa confrontación cultural, donde para algunos la vida es todo y para otros nada, salvo que se trate de la propia? ¿Cómo resolvemos este conflicto? En este sentido, no existe ninguna ideología y no acepto una concepción distinta, ya que estamos hablando de la vida.

¿Por qué se tenía miedo de abordar este tema? ¿No es progresista agravar las penas? ¿Hay algo más progresista en este mundo que defender la vida humana? Yo creo que no. Se trata de principios conceptuales que debemos consagrar, porque es necesario convivir en una sociedad con reglas, y éstas deben ser iguales para todos. Por eso estamos en contra del privilegio.

Nos debemos sujetar y someter todos por igual a esa norma, y debemos ser extremadamente rigurosos con quienes quebrantan las reglas básicas de la convivencia, especialmente con quienes terminan con la vida de otro ser humano. Este es el valor que estamos tratando de integrar con esta modificación al Código Penal.

Todas las actitudes, estudios interdisciplinarios y análisis con respecto a las modificaciones al Código Procesal Penal, a las normas sobre el régimen penitenciario y a la política para atender el problema de la minoridad deben ser abordados con seriedad y constituyen una tarea pendiente. No sé cuándo la terminaremos, pero me pregunto qué hacemos mientras tanto. ¿Dejamos que nos maten a todos? ¿Permitimos que sigan fusilando a los miembros de las fuerzas de seguridad? No, señor presidente.

En el derecho hay dos actitudes con respecto a las normas y su eficacia. La primera está vinculada con el hipernormativismo, que con-

siste en creer que con la sola existencia de la norma se cambia la realidad. Esto es total y definitivamente falso. No debemos caer en ello, pero tampoco debemos incurrir en el error del hiperfactualismo, que es la resignación frente a la realidad. En este último caso se dice: dejemos todo como está; no abordemos este tema. Esta no es la oportunidad.

En ese caso va a haber confrontación, y eso va a ser muy duro. Entonces, ¿para qué estamos acá? Estamos para confrontar ideas y, en definitiva, que se sancione la mejor norma que se pueda.

Los violentos no nos quieren dejar vivir en ningún lado: nos quieren dejar sin territorio. ¿Que quieren que hagamos? ¿Que nos habituemos a vivir con la violencia?

Más allá de que estemos habituados a convivir con la violencia, debemos decir que eso significa la peor expresión que se pueda encontrar, ya que implica la eliminación de la vida humana.

Existe una seguidilla de frases hechas, con contenidos errados y sin solidez intelectual. Esa volatilidad de opiniones implica pedir —porque en esto también existen los extremos— que se aplique la pena de muerte.

Algunos bienintencionados están en contra de la pena de muerte, porque está prohibida por una norma supranacional, que es el Pacto de San José de Costa Rica.

En lo personal tengo una formación católica y creo en Dios. En realidad, me siento algo así como una creación divina por el hecho de que Dios me dio la vida. A pesar de ello, me considero demasiado insignificante como para decidir quién debe vivir y quién debe morir en esta tierra. Defendamos las cosas como son y sin vergüenza.

En función de defender el Estado de derecho, no le regalo a la izquierda la exclusividad de la defensa de los derechos humanos ni a la derecha la consigna del orden. No se trata del orden autoritario y dictatorial, porque en el fondo no implica el orden natural del Estado de derecho. Por eso me inclino por el orden que establecen las leyes, que fijan el marco normativo de la convivencia, además de ser garantía para todos y cada uno de los argentinos.

Si bien todo esto es una ideología conceptual que uno puede sostener, he buscado en el derecho comparado una serie de ejemplos como una forma de encontrar la mejor manera de legislar.

Elegí distintos países de diferente conformación política y gubernamental, con disparidades entre sí. Van desde el marxismo a la democracia cristiana. Busqué información sobre lo que ocurre en Cuba, Italia y Francia con sus regímenes penales.

¿Saben qué le pasa a un cubano o no cubano que mate a un miembro de las fuerzas de seguridad, aclarando que cuando hablo de "fuerzas de seguridad" lo hago con una concepción mucho más amplia y abarcativa que la que describí hace un rato? Existen dos alternativas en el proceso penal: de 15 a 20 años de prisión, o la muerte.

Modificaron la normativa penal y agravaron absolutamente casi todas las penas: por ejemplo, sostuvieron que quienes roban incurrieran en actitudes contrarrevolucionarias. Fijese, señor presidente, qué interpretación que ha hecho el marxismo revolucionario cubano: se acepta el agravamiento de las penas porque cometer delitos en un Estado revolucionario es contrarrevolucionario. Algunos pícaros —no puedo verificar ni aseverar que haya sido una suspicacia— señalaron que dicha postura se fundaba en que los turistas eran constantemente asaltados y que, en consecuencia, debía agravarse la pena para que no se viera afectada la industria madre de Cuba, que es el turismo. No cito que el régimen cubano haya encontrado motivo en cuestiones económicas para dictar esas normas penales.

Vayamos al caso de Italia, cuyos penalistas fueron pioneros en el dictado de normas de tipo penal y seguramente son de los más distinguidos y trascendentes en la modernidad del derecho penal. Quien mata a un miembro de las fuerzas de seguridad, *carabinieri* o quien fuere, incurrir en homicidio agravado y la pena es *di morte*. Así ocurre en Italia, que a mi juicio —podría pensarse lo contrario— tiene el derecho penal más avanzado.

Asimismo analicé el derecho penal francés, que es mucho más abarcativo, pues da protección integral no sólo a la *Gendarmerie* o a los miembros de la seguridad interior sino también a los jueces y demás funcionarios públicos, entre ellos, quienes ejercen la representación popular. El tiempo dirá si están más avanzados que nosotros o no. Allí se aplica, categóricamente, la pena de reclusión a perpetuidad.

Vale decir que las ideologías políticas de los gobiernos del mundo ningún papel juegan cuando se trata de este tipo de delitos, porque todos

los Estados tienen el derecho de ejercer una legítima defensa respecto de quienes, en su representación, ostentan el monopolio de la fuerza; o sea que en este sentido no se tiene en cuenta si se trata de un gobierno de izquierda o de derecha o marxista o social demócrata, porque todos categorizan este tipo de delitos como una violación al Estado.

Volviendo a nuestro país, en algún momento preguntamos si era suficiente que en relación con estas normativas se abordaran los temas de manera interdisciplinaria. No es suficiente...

Sr. Presidente (Britos). — Si me permite, señor diputado, le ruego que redondee porque su término ha concluido.

Sr. Fayad. — Señor presidente: mi término ha concluido seguramente porque la Cámara ya consiguió quórum; si no, me hubiera hecho señas para que continuara con mi exposición. De todas formas, acepto su recomendación.

Sr. Presidente (Britos). — Su término le será prorrogado por diez minutos, señor diputado.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. — Tal como lo he explicado, señor presidente, esta norma no es suficiente. Al respecto recuerdo que presenté un proyecto, que también suscribió la señora diputada Carrió —lamentablemente caducó y tuve que reproducirlo—, referido a la penalización de los mayores que usan menores para la comisión de un delito. Si se logra consenso suficiente para sancionar el proyecto en consideración podríamos avanzar en el tratamiento de este tema. Me refiero al proceder delictual, que ya es habitual, de utilizar menores para la comisión de un delito y a la revisión del régimen de menores, respecto de lo cual tengo entendido que la señora diputada Musa ha presentado una muy importante e interesante iniciativa. Si no nos abocamos a esta tarea los menores continuarán siendo el instrumento de este proceder delictual.

Las normas deben redactarse en función y a medida de las realidades. El Congreso de la Nación debe imprimir a su labor una dinámica muchas veces reclamada, pero no debemos hacerlo sólo porque lo pida la gente sino porque corresponde imprimir un mayor dinamismo a la sanción de normas no sólo de esta índole sino de todo orden.

Se ha dicho que este proyecto encierra un privilegio. Nuestra Carta Magna consagra la

igualdad de los ciudadanos. En verdad esta norma contiene el mensaje de una acción ejemplificadora a efectos de que se sepa que de aquí en adelante quien matare al agente Pérez o González sufrirá pena de reclusión o prisión perpetua, no sólo por haber cometido un hecho delictivo sino por haber huido en lo más profundo las normas de convivencia, el Estado de derecho, y porque en definitiva ha privado a la sociedad de una vida humana.

Adelanté que no apelaría al sentimentalismo, pero corresponde señalar que a los agentes de la Policía Federal, al igual que a todos los miembros de las fuerzas de seguridad, se les paga poco y mal. A la Policía Federal la pagamos todos los argentinos, no el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Esto no me parece del todo mal, aunque quizá alguna vez haya que revisar por qué en lugar de custodiar los bienes y la seguridad sus agentes actúan en empresas destinadas a controlar el estacionamiento medido y, en su caso, secuestrar los vehículos. No se forma para esto a los agentes de las fuerzas de seguridad. Que tomen nota de esto los legisladores de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a fin de que, como en tantos sitios del país, creen su propia policía municipal de tránsito. Con el esfuerzo que requiere la formación de un agente de una fuerza de seguridad, es un desperdicio que estén pascando en una grúa por la Capital Federal con la finalidad de levantar vehículos para una empresa privada.

No sé si los señores diputados habrán asistido al sepelio de un agente de seguridad. Hasta ahora no lo he hecho en mi provincia, pero alguna vez he participado en forma anónima. He estado en muchos velatorios, pero en esa ocasión no quería que supieran que era diputado de la Nación. Me fijé como objetivo no conmoverme más ni menos por ninguna muerte: es decir, que todas me duelan igual, porque tengo la responsabilidad de legislar sobre ese tema.

En algunas ocasiones he visto, como no hace muchos días, las dos caras de la muerte. Por una parte estaba la esposa de un agente de la Policía Federal. ¡Qué mujer integral! Era interrogada por el periodista, quien le preguntaba qué sentía y qué quería. Por otro lado vi a un matrimonio cuyos hijos habían sido muertos por miembros de las fuerzas de seguridad. ¡Qué dolor provoca la pérdida de un hijo! Sobre todo para una madre tan íntegra como la esposa de un agente de la Policía Federal. El periodista

requería su opinión en ese amillismo despiadado que a veces tienen algunos hombres y mujeres de prensa. Le preguntaba cómo se sentía y qué quería. Las dos mujeres contestaron lo mismo: "Nada más que justicia". (Aplausos.)

Sr. Presidente (Britos). — Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Musa. — Señor presidente: adelanto el voto negativo del bloque del ARI a esta propuesta.

A nuestro entender, este pedido de aprobación del agravamiento de penas es simplemente una sobreactuación de las contradicciones y el oportunismo que están demostrando quienes lo plantean, sobre todo cuando se trata de problemas de la sensibilidad que tiene éste y de la importancia y responsabilidad que requeriría su resolución.

Pido que digamos la verdad, que transparentemos cuál es la discusión. Hoy no estamos debatiendo estrategias de política criminal —eso es mentira— ni tampoco de seguridad ciudadana: simplemente estamos presenciando una confesión de derrota de los responsables de mantener, llevar a cabo y diseñar políticas de prevención que reduzcan los niveles de violencia y protejan la vida de las personas.

Si esto es lo que queremos no hay ninguna relación con el agravamiento de penas del artículo 80 del Código Penal. Esto es así porque no nos están diciendo cuál es la política de seguridad que subyace. Hoy lo podemos ver en las calles, en la misma puerta del Congreso: no hay política de seguridad.

Quienes hoy vienen a plantear esta cuestión saben muy bien —porque han estudiado mucho— que un código penal es un programa de resolución de conflictos y que cuanto más remite una sociedad sus conflictos a ese cuerpo legal es como más claramente está demostrando su incapacidad para resolverlos desde una política de seguridad responsable.

Probablemente hoy la mayoría intenta utilizar a la institución policial para tratar irresponsablemente de reparar el desprestigio político e institucional en el que estamos sumergidos por mérito propio, mostrando disposición a tomar decisiones en el corto plazo, respondiendo mediante la consolidación de imágenes de orden y control y con demostraciones de su capacidad para usar la fuerza, aunque también contradictoriamente. En efecto, desde el oficialismo se

nos plantea, a través del secretario de Seguridad, doctor Alvarez—no sé si ahora sigue siendo funcionario— que es una locura esta medida como prevención de la delincuencia.

Entendemos que va a ser muy difícil imaginar cómo van a implementar esta medida, cuando el propio secretario de Seguridad sostiene que ésta es la manera menos eficaz de resolver el conflicto que dicen que estarán resolviendo con este instrumento.

Seguramente creerán que éste es el camino idóneo para reforzar el prestigio de la institución policial, cuando la realidad es que la propia inoperancia de sus responsables ha desgastado la institución frente a amplios sectores de la población, algo que ya no son capaces de reconstruir por otros medios, ya que han dejado de lado nada menos que la profesionalización de la fuerza, la eficacia en el trabajo mensurando resultados y el respeto por la ley.

Estos no son valores que han llevado adelante. Esta falta de política de seguridad ciudadana significa que nos han abandonado y han sido ellos quienes pusieron en este clima de violencia e inseguridad a las propias fuerzas de seguridad, creando una espiral interminable de violencia con los mensajes que han venido dando.

Han ido muy lejos provocando una brecha entre la policía y la sociedad, y lo han hecho insistiendo en forma sistemática en el error, justificando la presunta política de prevención en las muertes de agentes policiales para lograr un aumento de facultades para la fuerza a fin de desplegar mayor violencia.

En ese sentido, las últimas respuestas públicas han sido un muestrario de la reiteración de la dificultad de los funcionarios, tanto políticos como policiales, para encontrar una solución seria al problema. En esto incluyó los años de declaración de guerra a la delincuencia, con el protagonismo de Ruckauf y su ideario de mano dura, que sólo sirvió para incentivar la espiral de violencia y arrojó víctimas pertenecientes al conjunto de la sociedad, tanto policiales como civiles.

¿No tienen la sensación de que en todos estos años han cometido un error con esta política de mano dura, que ahora incluso quieren cristalizar en el Código Penal? ¿No hay una autocritica, por menor que sea, que pueda reflejarse en un tratamiento serio de la cuestión?

Aquí se mencionaron experiencias de otros países y todos en esta Cámara hemos recibido

un estudio muy serio y elaborado del CELS que indica que la experiencia de países como Australia, Brasil y Estados Unidos ha señalado como única opción para reducir la cantidad de muertes la implementación de políticas específicas de control del uso de la fuerza y de protección de las personas involucradas en los enfrentamientos.

Cada día mueren más personas, tanto de las fuerzas de seguridad como presuntos delincuentes y terceros en los enfrentamientos policiales. Mueren muchos más aún que en los hechos criminales donde no hay enfrentamientos. Eso debería indicarnos algo y tendría que estar incluido en las explicaciones que se están brindando, que sólo llevan a dar como solución el agravamiento de las penas.

La inoperancia de la conducción política de la seguridad ciudadana se refleja cada día que pasa en la ausencia de datos oficiales. Esto señala falta de control y de seguimiento del uso de la fuerza y de los organismos de control, mostrando un desinterés por los análisis que permitan conocer las causas y reducir las muertes de personas en enfrentamientos.

Este es un subregistro, tal como lo confiesa el doctor Ciaffardini, encargado de la política criminal del gobierno. Si el propio organismo que debería dar los datos que constituyan la base de quienes fijan las políticas de seguridad está diciendo permanentemente que tiene un subregistro y que no cuenta con la información debida, imaginamos que nos están contando una historia que como corolario simplemente quiere dar un mensaje a la policía en el sentido de que a pesar de la falta de política, la han querido proteger. Pero no lo han hecho e insisten otra vez en el error.

Ellos también son responsables de un quiebre cada vez más profundo de la confianza de amplios sectores de la población en la policía, por haber abandonado la obligación de tener un sistema eficaz de seguridad.

Vemos que ciertos sectores quieren mostrarse hiperactivos a través de acciones como operativos masivos de control, que necesariamente deberán concentrarse en los grupos sociales con menor capacidad de respuesta.

No se han intentado políticas que valoren la visión policial de resolución de conflictos entre personas del modo menos lesivo posible, con un control específico del uso de la fuerza por parte

de la policía y de medidas concretas para impedir la proliferación del uso de armas en la sociedad civil. Por el contrario, todos los mensajes de las políticas de seguridad de los últimos años han exacerbado la cultura institucional que sobrealimenta el uso de la fuerza.

Es por lo menos ingenuo imaginar una adecuación de la voluntad que hoy expresa el miembro informante, como una señal hacia la policía de modo simple, mecánico y transparente, para que esto se traspase a la ley como un agravante. Digo esto porque a pesar de todo se seguirá expresando la complejidad propia de las relaciones sociales y materiales, con el resultado que ya saben que va a tener, que no coincide con el discurso que aquí se pronunció.

Todos sabemos, incluso quienes apoyan la postura de agravar las penas, que sólo la certeza de la aplicación de una norma —no el monto de una pena— produce el efecto que aquí se dice buscar.

La sociedad nos está interpelando para terminar con la impunidad generadora de violencia, porque la percepción que tiene es que la violencia viene de la mano de la discrecionalidad. En este sentido, por lo amplio del tipo, creo que la figura que incorpora este proyecto será igual de discrecional. Tengamos en cuenta que la discrecionalidad siempre viene de la mano de la impunidad selectiva.

Por estas razones, apelamos a construir una política de seguridad y a rechazar este proyecto. (Aplausos.)

Sr. Presidente (Britos). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Tazzioli. — Señor presidente: finalmente logramos tratar de manera formal un proyecto que ha sido enjundiosamente sostenido durante años por algunos legisladores que integran esta Honorable Cámara. Esa enjundia no significó necesariamente continuidad, a pesar de la enumeración que se hizo de las fechas en las que fue planteado. En mi opinión constituye una espasmódica respuesta frente a cada crimen de algún agente de las fuerzas de seguridad.

No obstante ello, quienes defienden esta iniciativa han señalado cuáles son las carencias. Me refiero al hecho de que ella no se debatiera en el marco de un plan integral que considerara a la seguridad como un problema de Estado. Admitimos que esta propuesta no es una solución, pero como se dijo en la Comisión de Le-

gislación Penal, debemos darle señales a la sociedad. De este modo se da una respuesta facilista con la que se trata de conformar a una opinión pública altamente sensibilizada y, cuando no, particularmente azuzada por los medios de comunicación.

Seguidamente quiero hacer referencia a un estudio que realizó el Banco Mundial, denominado *Pobreza, crimen y violencia en América Latina*. Este trabajo fue publicado en México, en 2001, por Alfaomega. Al criticar la falta de eficiencia de los sistemas preventivos y represivos de nuestros países, señala: "...los latinoamericanos tienen las calificaciones más bajas. Los incentivos de los ciudadanos para cooperar con el sistema judicial disminuyen de una manera importante al percibir a éste como ineficiente, mientras que los incentivos para los delincuentes aumentan, ya que las posibilidades de llegar a un proceso penal y ser encontrado culpable son pocas".

Esa conclusión, que fue oportunamente planteada en la Comisión de Legislación Penal, nos llevó a solicitar a los bloques mayoritarios que el presente proyecto de ley fuera tratado en el marco de una reforma integral del Código Penal. En este sentido, consideramos que nuestro código contiene en el mismo artículo que se está intentando modificar figuras de agravamiento, como el ensañamiento, la alevosía y la premeditación, que pueden ser perfectamente aplicados a los hechos que estamos considerando.

En ese reclamo de una reforma integral al Código Penal también cuestionamos la carencia de una legislación que penalice la tenencia y el tráfico de armas en nuestro país y la necesidad de un agravamiento de las penas para los delitos cometidos por agentes de seguridad, porque es indudable que la señal que dan aquellos delincuentes que integran fuerzas de seguridad opera de modo negativo en la conciencia colectiva.

En ese reclamo también hicimos hincapié en los casos de gatillo fácil, que permanentemente castigan a nuestra sociedad, dado que por la complicidad de las propias fuerzas de seguridad, cuando no de la Justicia, nunca son debidamente esclarecidos ni penalizados.

También pretendíamos que se incluyera la necesidad de mejorar los tipos penales que castigan los delitos cometidos por funcionarios públicos, describiéndolos de un modo que incluye-

ra debidamente a aquellos que delinquen y también su imprescriptibilidad.

¿Por qué pedíamos todo esto, además de otras reformas al Código Penal? Por la referencia que el señor diputado Fayad hizo a tres aspectos que indudablemente son los que sostienen la existencia del Código Penal: la necesidad de que haya sanciones, la importancia de rehabilitar al condenado —ésta es una condición que no se da en las cárceles, que como es sabido son escuelas de delitos y altamente negativas desde el punto de vista de un criterio rehabilitador—, y la misión ejemplificadora que la sanción tiene hacia el conjunto de la sociedad.

En la Argentina, el país de la impunidad, donde los terroristas de Estado se pasean libremente por las calles junto con ladrones de guante blanco, hablar de la misión ejemplificadora de la legislación penal en forma aislada es una verdadera falacia.

Por eso proponíamos una reforma integral del Código Penal que contemplara todos estos aspectos de cara a la sociedad en actitud de pelea frontal contra la impunidad, que mientras no desaparezca como tal hará de todos los agravamientos una hojarasca sin sentido.

Sr. Presidente (Britos). — Ruego a los señores diputados de la bancada Justicialista que guarden silencio y escuchen al orador.

Sr. Tazzioli. — Se alude en estos días al odio deportivo a los efectos de agravar las penas en los casos de delitos cometidos con motivo de los espectáculos de esa índole. Incluso se ha hecho referencia al odio por ocupación, es decir, por ser miembro de las fuerzas de seguridad. En realidad, el problema en nuestro país no es el odio por ocupación sino por desocupación. Es el odio que ha provocado la aplicación durante muchos años de una política económica y social de alto contenido excluyente, que implica una pobreza creciente, impunidad, falta de justicia social mínima y de un Poder Judicial que dé una respuesta medianamente adecuada a los hechos que tiene bajo juzgamiento.

Lamentamos que los bloques mayoritarios hayan desoído nuestro pedido de un tratamiento global de esta problemática y nos impongan el análisis de un asunto que sin duda es importante y que nuestra sensibilidad nos lleva a que deba ser debidamente estudiado, pero debió haberse considerado en un marco global que permitiera una mayor comprensión del problema.

Quiero decir que no obtendremos ningún resultado porque quienes delinquen no piensan en la pena que recibirán, ni en que será más grave, sino en la posibilidad o no de ser atrapados.

Si bien ya cité un párrafo de un estudio del Banco Mundial sobre pobreza, crimen y violencia en Latinoamérica, quiero hacer referencia a otro. En este último texto se dice que está claro que el aumento de penas no va a bajar la delincuencia, porque no se modifica la probabilidad de que un delincuente entre a la cárcel. Los delincuentes no piensan en términos de penas sino en la probabilidad de ser capturados, que como todos sabemos es baja.

Según el Centro de Estudios Legales y Sociales, muchos de estos crímenes se han producido en circunstancias en que el miembro de la fuerza de seguridad se encontraba de civil y no estaba cumpliendo funciones. Por ejemplo, en el año 2001, sobre 51 policías federales muertos, 9 estaban efectivamente trabajando —lo que representa menos del 20 por ciento—, y 42 estaban de civil en el momento en que fueron atacados. En lo que va de este año, sobre 18 policías federales muertos, 2 estaban efectivamente trabajando y 16 no.

Debemos modificar las pautas normativas y reglamentarias que obligan al policía a actuar ante un hecho delictivo cuando se encuentra de civil y sin el equipamiento adecuado. La falta de condiciones óptimas también pone en riesgo la vida de terceros que se encuentran casualmente en el lugar.

Creo que una vez más no hemos elegido el camino adecuado; no es por la vía del tratamiento parcial de los temas que encontraremos soluciones adecuadas. Lo que hay que combatir en la Argentina para terminar con el problema de la delincuencia es el odio por desocupación y pobreza y no el odio deportivo o por ocupación.

En este sentido, reducir los niveles de violencia en la actuación de las fuerzas de seguridad es la receta que todos los organismos serios dan para casos como los que atraviesa la Argentina. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Britos). — Antes de ceder el uso de la palabra a la señora diputada Carrió, la Presidencia solicita a los integrantes de la Honorable Cámara que guarden silencio porque estamos considerando un tema muy delicado.

Tiene la palabra la señora diputada por el Chaco.

Sra. Carrá. — Señor presidente, simplemente quiero plantear tres cuestiones. Recuerdo que en 1999 se produjo un homicidio que motivó que esta Cámara de Diputados decidiera producir algún gesto; así estamos.

Con tal motivo se presentaron proyectos de aumento de penas. En esa intervención, realizada en el año 1999 —y no en 2000— recuerdo haber citado un texto de Robert Castell en el que expresaba cuáles eran los efectos de la ruptura de los contratos sociales y la violencia anónima a partir de la década del 90.

Voy a repetir esa descripción —y la advertencia que en esa oportunidad formulamos— porque pareciera ser la radiografía de la Argentina de hoy.

Al analizar lo que eran los supernumerarios, los excedentes de las sociedades, Robert Castell señalaba que al transformarse en personas o entes inútiles para la sociedad por no tener trabajo, estar desocupados o quedar fuera del contrato social, esos hombres se convierten de víctimas en victimarios. En consecuencia, impugnan el contrato social, en el que no están incluidos, mediante la violencia descargada contra cualquiera.

Robert Castell concluía diciendo que así es como vienen las noches oscuras en que las democracias sólo pueden defenderse con mayor represión, poniéndole fin a las mismas democracias. Esto es muy claro, y es casi un anticipo de lo que nos está ocurriendo hoy en la Argentina.

En ese contexto es hay que trabajar la política de seguridad, sin gestos y sin concesiones demagógicas.

Lo que está claro es que si hay impugnantes del contrato social, víctimas que se convierten en victimarios, lo que sostienen es: yo o el otro.

Es así que el policía se ve enfrentado a una cuestión de seguridad que no puede solucionar la policía ni la política ni el Poder Judicial. Aquí es donde se encuentra nuestra responsabilidad, porque no construimos un contrato social incluyente. No es posible que la policía se tenga que hacer cargo de los millones que están fuera del contrato social.

Es él o yo; es la guerra de pobres contra pobres, donde el policía es pobre, el que impugna el contrato social es pobre y nosotros somos los que los mandamos a la guerra.

En este proyecto concreto —poniéndome del lado de la policía, no de la política de seguridad—,

si esto es la guerra, ¿quién es el que el aumento de las penas va a disuadir de matar a un policía a quien quiera hacerlo? No lo va a disuadir.

Pregunté a varios policías sobre el particular y la conclusión fue que aumentará el peligro para los agentes de seguridad que están en la calle. El razonamiento que se sigue consiste en que quien está decidido a cometer un acto de esa naturaleza no mira el Código Penal; la lectura que hará de todo esto es que en la guerra en la que está combatiendo con el otro, ese otro encontró un mecanismo de aumento de la prisión para él.

Es así que lo que ocurrirá, según ese código en el que no hay código de derecho, será un aumento de la violencia contra los servidores públicos y mayor posibilidad de violencia ante víctimas sociales del gatillo fácil en millones de pobres.

Es por ello que aquí ni siquiera se trata de gestos. Lo que estamos haciendo es poner más leña a un fuego que nosotros generamos por nuestra propia incompetencia y nuestra falta de coraje y decisión para asumir la cuestión pública en la Argentina.

Ya estamos en las noches oscuras. No estamos anticipando lo que ya dijimos en 1999. Miremos las encuestas y estadísticas de la provincia de Buenos Aires. ¿Qué generó Ruckauf con mano dura, si no mayor cantidad de muertes de policías y de víctimas del gatillo fácil?

Esto es patético. Una nación se cae y nosotros hacemos gestos para que aumente la violencia. ¿A qué sociedad le estamos haciendo gestos? ¿A la sociedad a la que le cambiamos el derecho todos los días?

Este es el mejor símbolo. Recuerdo que en una de las mayores crisis del gobierno de la Alianza estábamos discutiendo no sé qué disparate o qué ley, mientras afuera se caía un gobierno.

Somos autistas e incompetentes, y encima aumentamos la violencia. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Britos). — Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Garré. — Señor presidente: vamos a adelantar nuestra opinión señalando que el aumento de penas no es la solución al problema de la seguridad. Como ya han dicho otros señores diputados, esto es una enorme simplificación del problema. Quizá sea una señal de reparación a los esforzados policías que puedan morir cumpliendo sus obligaciones o a sus familiares. Se-

guramente será un gesto de buena voluntad a la institución policial. No nos parece mal, pero no es una actitud responsable que el Parlamento emita sólo señales ante un problema de esta gravedad.

No es serio tomar sólo medidas simbólicas, que incluso pueden agravar otros problemas, como el del sistema penitenciario. La inseguridad es un problema muy difícil de solucionar. Es el rostro de una sociedad hiperconflictiva y sin capacidad de resolver sus problemas.

Además, la violencia es multicausal. No tiene un solo origen o una causa determinante. Según la doctrina, la pobreza y el desempleo son causas primarias de la violencia, pero también es cierto que no siempre la pobreza genera violencia, aunque es verdad que más del 80 por ciento de los menores que delinquen son pobres y provienen de hogares que están marcados por la exclusión, el sufrimiento, la necesidad y la desesperanza, que con toda seguridad son factores disparadores de la desesperación y el resentimiento.

Por supuesto que la pobreza por sí sola no dispararía la violencia si existiera contención escolar o familiar y si hubiese un Estado tutivo y protector. Pero la desigualdad e inequidad que se vive en nuestra sociedad y la sensación de falta de futuro que anida en muchos corazones, constituyen sin ninguna duda el gran disparador de la violencia.

A esta violencia latente hay que agregar que el Estado no ha sido eficaz para contener el auge de la droga o la proliferación de armas. Ese cóctel ha resultado explosivo en nuestra sociedad. Por eso cada año vemos cifras más alarmantes de aumento de delitos violentos y de muertes en enfrentamientos, y también una disminución en la edad de las personas que cometen delitos.

En este marco debemos ubicar este pavoroso incremento de muertes civiles y policiales en enfrentamientos. Más dramático aún es el escalofriante número de sesenta y dos menores delincuentes o fronterizos con el delito, que murieron en circunstancias que el procurador de la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires caracterizó —después de investigar concienzuda y largamente los hechos— como probables ajusticiamientos realizados por escuadrones de la muerte policiales o parapoliciales.

Además, según ese mismo tribunal, existieron mil casos de menores torturados en comi-

sarías durante los últimos doce meses. Al respecto debo decir con mucho dolor que el Congreso, que hoy está preocupado por el tema de la violencia y la muerte de los policías —que es muy grave y nos duele a todos—, no ha mostrado la misma reacción frente a ese terrible informe sobre sesenta y dos criaturas que fueron alevosamente asesinadas.

Este es el problema que enfrentamos. No vamos a solucionar esta espiral de violencia modificando el artículo 80 del Código Penal. ¿Acaso hemos logrado mejorar algo mediante el aumento de las facultades policiales y de las penas por delitos cometidos con armas, o derogando el dos por uno? Evidentemente no, y todas son normas sancionadas recientemente por el Congreso. Sin embargo, en su momento se plantearon como panaceas casi mágicas para paliar o solucionar el problema que vivimos.

Entonces, al margen de que se concrete esta modificación, formulo una apelación a no introducir la ideología en el debate y no efectuar una división entre los que parecen más sensibles ante la muerte de los policías y quienes serían más sensibles ante el fallecimiento de los ladrones, ya que se trata de una opción falsa y absurda, una especie de burla a la inteligencia de quienes creemos que esta medida no es adecuada.

En ese marco formulo una solicitud en el sentido de que tengamos en claro que existe una necesidad de diseñar políticas de largo plazo que propongan soluciones verdaderas en marcos interdisciplinarios con el Poder Ejecutivo nacional, con las fuerzas policiales, con representantes de otras disciplinas, con los jueces, con los sectores académicos, etcétera.

Estas políticas deben servir para controlar y reducir los niveles de uso de la fuerza mortal por los sistemas de seguridad. Hay que desmontar, paciente e inteligentemente, lo que se articuló emocional e impulsivamente: la espiral de la violencia. Hay que terminar con la dialéctica letal: “El que a hierro mata a hierro muere” o “El que mata primero es el que gana”. Hay que destruir las consecuencias de esas consignas gravísimas, absolutamente contradictorias con las normas de una sociedad civilizada.

Recuerdo a un ex gobernador de la provincia de Buenos Aires que dijo que había que meterle bala a los delincuentes. En términos concretos eso significó una declaración de guerra y así lo entendieron los delincuentes.

Hoy, ante la posibilidad de enfrentamiento entre un delincuente y un policía, la dialéctica que se desarrolla consiste en saber quién dispara primero, porque ese gana y el otro pierde su vida. Esta dialéctica es disparatada.

En este debate se leyeron las penas que se aplican en caso de muerte de agentes de las fuerzas de seguridad en otros países. Ese muestreo de legislación no es suficiente si no analizamos cuántas muertes se producen en los enfrentamientos producidos en esos lugares. De lo contrario, la ecuación no va a ser seria, porque no nos va a dar una respuesta acertada.

Fijense que en España la Policía Nacional Española tiene 50 mil interantes. ¿Saben cuál es el problema que tiene esa fuerza de seguridad? No son los muertos en enfrentamientos, sino la cantidad de suicidios. Ese es el problema grave que enfrenta la policía y que preocupa a las autoridades: cómo disminuir los suicidios que se producen por ansiedad y estrés en una fuerza que está sometida a riesgos permanentes.

Ese mismo informe también indica que hay que hacer esfuerzos para recordar casos de policías muertos en enfrentamientos con delincuentes en España. Es decir que no en todos los países se repite la lógica que se ha instalado en la Argentina: la lógica de la violencia mortal. En muchas naciones primero existe prevención. Es más, en España se ha desarrollado lo que se ha dado en llamar la policía de contacto o de aproximación: existe una capacitación permanente de la fuerza, con entrenamientos y prácticas de tiro; también hay directivas constantes a las fuerzas para el uso de mecanismos de disuasión y, como consecuencia de esa lógica, en el momento del enfrentamiento no todo delincuente entiende que la cuestión es matar o morir.

Entonces, ¿no habrá que cambiar los ejes del razonamiento? ¿No habrá que analizar cuál es la política más adecuada? ¿No habrá que considerar minuciosamente las distintas situaciones en que muere cada policía?

Le he pedido al señor secretario de Seguridad de la Nación un detalle de las circunstancias en que se produjeron las muertes de 18 agentes de la Policía Federal entre el 5 de enero y el 5 de abril. Sobre 13 muertos, 10 eran retirados, de manera que en la mayoría de los casos no estaban en cumplimiento de funciones. Nueve murieron porque sufrieron tentativa de robo a sus personas. O sea que no fallecie-

ron por estar ejerciendo la represión del delito, sino por defenderse de un asalto con armas.

Entonces, si esta es la complejidad del problema, no me parece serio que el Congreso responda una vez más simplemente con un aumento de las penas y con un tipo penal que, a mi juicio, tiene mucha imperfección, y que por tal motivo podría ser inconstitucional –según algunos tratadistas– porque afecta el principio de igualdad. Fijense los señores diputados que la vida de los civiles valdría menos que la de los policías.

Por otro lado, el tipo penal afecta el principio de legalidad, dado que su descripción no es clara ni precisa respecto de la conducta prohibida, sobre todo en casos fronterizos: choferes de camiones blindados, custodios de portería, personal de seguridad privada, etcétera. Además, advirtamos que si el policía no se identificara ni fuera reconocido, en esta figura no existiría dolo.

Por otra parte, la modificación propuesta es ineficaz, porque no permitirá que disminuyan los asesinatos de policías. Cuando está en riesgo la propia vida, nadie evaluará qué pena habrá de corresponderle en caso de que cometa un asesinato. Además, el tipo penal es contraproducente –creo que esto es lo más grave– porque alienta a continuar con un discurso de guerra, lo cual genera el aumento de la espiral de violencia y produce mayor cantidad de muertes. Si a la violencia se responde con más violencia, ésta no disminuirá.

No es éste el camino a seguir; no es ésta la función del Estado ni la responsabilidad de una sociedad repleta de problemas –todos ellos muy graves–. Nuestra obligación es responder con racionalidad, serenidad y un análisis más científico en relación con el tema de las muertes que se producen en enfrentamientos entre civiles y policías.

Para combatir el problema de la inseguridad no hay soluciones mágicas. Si bien la prevención es un camino lento y difícil, es el más seguro; es el único que en todo el mundo ha demostrado ser útil para bajar los niveles de violencia.

Hace aproximadamente un año y medio en la Ciudad de Buenos Aires se puso en marcha un plan de prevención del delito con apoyo de la Secretaría de Política Criminal del Ministerio de Justicia. Los datos relativos a la aplicación de dicho programa durante el primer año muestran una tendencia de mejoría de la situación; es de-

cir que la violencia ha disminuido levemente. Han sido útiles medidas tales como la detección de grupos de riesgo y la tarea de dar trabajo a los jóvenes, sacarlos de la droga, desarrollar políticas de cura de adicciones, incentivarlos en la culminación de sus estudios secundarios, etcétera. Este es un camino serio y es lo que la sociedad merece que encarremos de una vez por todas.

Sr. Presidente (Britos) - Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Alchouron. - Señor presidente: adelanto el voto afirmativo del bloque Acción por la República respecto del proyecto de ley en debate. Aclaro que he tenido oportunidad de leer con detenimiento las distintas iniciativas que en relación con este tema han sido presentadas desde hace tiempo.

Por otro lado, dada la calidad y la precisión de las exposiciones de los señores diputados Caviglia y Fayad, sería ridículo que agregara elementos a los que con tanta contundencia ellos han vertido.

Sabemos que, a pesar de las reformas que se propician, no resolveremos la gran problemática de la criminalidad en la Argentina. Existen gran cantidad de factores que influyen en la sociedad y que de alguna forma permanentemente nos tienen constreñidos a una sensación de que estamos totalmente desamparados. La criminalidad crece no sólo en la Argentina sino también en otras partes del mundo, pero en nuestro país la inseguridad es cada vez mayor. Cotidianamente los diarios publican toda clase de hechos policiales, entre los cuales muy a menudo figura la muerte de agentes de las fuerzas de seguridad, hecho que evidentemente también duele mucho a los ciudadanos. Por supuesto, todas las vidas tienen valor; pero frente a la muerte de un policía uno siente que ha desaparecido un profesional que defendía nuestra libertad, nuestra propiedad y nuestra integridad física.

Cualesquiera sean los errores que haya cometido en cualquier lugar del país o del mundo, la policía constituye algo trascendental para todo ciudadano. La ciudadanía siente un particular afecto por el agente policial, el hombre que trabaja en defensa de los intereses de la sociedad.

No me parece razonable efectuar una extensa exposición filosófica, porque ya la hemos escuchado en uno y otro sentido. Adhiero con

fervor a lo expuesto por los dos primeros expositores; quienes los siguieron no estuvieron de acuerdo con esto por razones que respeto pero no comparto.

Resulta claro que la cantidad de homicidios de miembros de las fuerzas de seguridad ha crecido en los últimos tiempos. No manejo guarismos muy precisos, pero por lo que he podido apreciar este año se ha registrado un crecimiento sustantivo en relación con el anterior, incluso tengo la sensación de que la muerte de un policía constituye un hecho más. En un programa televisivo aparecieron delincuentes que se ufanan de su condición, afirmando que quien mataba a un policía era más respetado por sus pares.

Ignoro cuál será el efecto final de la sanción del proyecto de ley en consideración. Algunos colegas han sostenido que probablemente agrave la situación, pero en mi opinión no es así. Bastaría que la sanción de este proyecto de ley de reforma del Código Penal salvara la vida de un solo policía que esté cumpliendo con su deber para que estuviera perfectamente cubierto su objetivo.

Sr. Presidente (Britos). - Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Gutiérrez (F. V.). - Señor presidente: adelanto el voto negativo del bloque del Polo Social en relación con el agravamiento de penas y la reforma del artículo 80 del Código Penal.

Quisiera saber qué haremos dentro de un año, cuando nos demos cuenta de que este incremento de penas no logró reducir la violencia de los delitos. Seguramente intentaremos traer al debate la pena de muerte.

Como lo venimos haciendo en otros órdenes, nuevamente estamos atacando las consecuencias y no las causas del problema de la violencia en el país.

Sostenemos que la causa principal sigue siendo el modelo económico de exclusión y desocupación que margina a millones de trabajadores, sobre todo jóvenes. Creemos que es necesaria una reforma integral de la seguridad en el país que contenga una renovación institucional de las fuerzas de seguridad, penitenciarias y judiciales.

-Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 3º de la Honorable Cámara, doctor Alberto Adolfo Natale.

Sr. Gutiérrez (F. V.). - Tengo que referirme al tema en tratamiento con mucho dolor, porque me ha tocado muy de cerca el problema

de la violencia sobre los miembros de las fuerzas de seguridad. Hable del asesinato de mi hermano, el subcomisario Gutiérrez, cuando investigaba o intentaba esclarecer los ilícitos ocurridos en lo que se denominó la aduana paralela, ilícitos que tienen que ver con el tráfico de armas, drogas y otros elementos, producidos por integrantes de las fuerzas de seguridad, como bien se investigó en esta Honorable Cámara en el ámbito de la comisión creada al efecto, presidida en ese momento por el entonces señor diputado Das Neves. El informe de dicha comisión, aprobado en esta Cámara por la mayoría de los bloques, determinó que había participantes de las fuerzas de seguridad que llevaban adelante la comisión de estos delitos.

El subcomisario Gutiérrez fue asesinado por integrantes de la Policía Federal en complicidad con integrantes de la policía bonaerense. Esto ocurrió en 1994. El actual presidente de la Nación, que en ese entonces era gobernador de la provincia de Buenos Aires, llegó a sostener públicamente —manifestando su complacencia, su beneplácito con la función de las fuerzas policiales bonaerenses— que el entonces jefe de la policía bonaerense, el comisario general Klodezyk, era el mejor jefe de la historia de la mejor policía del mundo. Pocos meses después este concepto quedaba totalmente destruido, cuando se comprobó que la Policía de la Provincia de Buenos Aires era una de las instituciones más corruptas, al punto que debió generar una purga y una reforma policial hasta ahora vigentes, y no se profundizó la investigación del asesinato del subcomisario Gutiérrez porque justamente no había sido muerto por un civil o por un joven desocupado. Lo asesinaron las propias fuerzas de seguridad para que no se esclareciera lo que estaba ocurriendo.

¿Cuántos años de pena debería aplicarse a esos funcionarios policiales que utilizan el uniforme y la legalidad para cometer los ilícitos a los que estamos acostumbrados? Me refiero al gatillo fácil y a la tortura que se desaguja en la Policía de la Provincia de Buenos Aires, en la de muchas otras provincias y en la de la Capital Federal.

¿Cuál debería ser la pena para los autores de los asesinatos de Bru, Bulacio, Mirabete, Cristian Campos, Víctor Vitar, Teresa Rodríguez, Agustín Ramírez, Víctor Choque y de los jóvenes que participaron en la movilización del 19 y 20 de diciembre?

Creemos que este tema ha sido instruido en forma mediática, de manera errónea, y que no va a producir la solución que se busca, es decir, la prevención del delito; tampoco evitará la violencia, sino todo lo contrario: profundizará el uso de la fuerza, llevando a un asesinato masivo a todos aquellos militantes populares que luchan por cambiar las causas de la situación actual.

Después de la profunda reforma del sistema judicial de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y de otras instituciones, se ha propuesto una campaña para erradicar la tortura dentro de las fuerzas policiales y de las comisarias.

Creemos que no vamos a solucionar el problema de la violencia hacia los integrantes de las fuerzas de seguridad aumentando las penas. Se hace necesaria una reforma integral y una política de seguridad preventiva, un nuevo plan educativo policial para que los integrantes de las fuerzas de seguridad comprendan que el delito no es un problema individual sino colectivo y social, y que deviene de un modelo que se encuadra en un contexto social y económico que hoy está marginando a la mayoría de los argentinos.

También pensamos que para eso es necesaria una modificación sustancial del sistema carcelario argentino, para que se convierta en un modelo de rehabilitación, como lo señaló el criminólogo español Jiménez de Asúa, cuando estudiando el caso argentino en la época del gobierno del general Perón en los años 50 lo calificó como el mejor sistema carcelario para la rehabilitación, la reeducación y la inserción en la sociedad de aquellos que habían delinquido.

Esta debe ser la reforma que tenemos que proponer al Código Penal y no profundizar la represión, dándoles carta blanca a las fuerzas policiales. Asimismo, es necesario investigar profundamente los delitos que cometen los integrantes de las fuerzas de seguridad, y debemos poner énfasis en controlar al sistema judicial para que no ampare sino que deje de encubrir asesinatos como en el caso de mi hermano, el subcomisario Gutiérrez, donde hubo que recurrir a la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires y luego a la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Como no obtuvimos justicia terminamos apelando también ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, que ha admitido el caso por denegación de justicia en la Argentina.

En este caso, la Policía de la Provincia de Buenos Aires ni siquiera puso un abogado o designó una comisión para investigar.

La Policía Federal Argentina tampoco se encargó de investigar a algunos de sus miembros, que fueron denunciados y reconocidos como integrantes de una banda que perpetró delitos de cohecho con muchos trabajadores ambulantes que transitan por las calles de la provincia de Buenos Aires y de la Capital Federal, y que viajan en trenes y colectivos. Para que esto se esclarezca es necesario que se investigue. En esta dirección debemos actuar para prevenir el delito, sin necesidad de aumentar las penas. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Natale). – Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Zamora. – Señor presidente: adelanto mi voto negativo a este proyecto, ya que es notorio que está alineado con la política de quienes sostienen que la respuesta a los problemas provocados por el delito y por el aumento de la inseguridad pasa, en forma casi exclusiva, por el accionar represivo o judicial.

Más allá de alguna manifestación de deseo o de enunciados generales respecto de otros elementos mencionados con la intención de dar respuesta a estos graves hechos, lo cierto es que la respuesta única que se prevé es el aumento en el accionar judicial y represivo, agravando las penas, fortaleciendo los aparatos de represión y haciendo campañas mediante las cuales se estimula la defensa de estas políticas como respuesta legítima y justa del Estado.

En realidad es todo lo contrario. Digo esto porque se desnudan políticas que no buscan atender las causas que provocan estos hechos. Simplemente se pretende atacar, reprimir, tapar u ocultar las consecuencias.

Llama la atención que quienes sostienen esta política tan sencilla, que consiste en decir que frente al aumento del delito hay que reprimir más, no tengan en cuenta que existe una vinculación entre estos hechos y el agravamiento de las condiciones socioeconómicas en las que vive la mayoría de la población. ¿Qué explicación dan los partidarios de la represión? ¿Qué pasó con el pueblo argentino y con los jóvenes de este país de veinte años a esta parte? ¿Qué características piensan que tienen los jóvenes y los habitantes de este país que hoy se ven vinculados, imputados o involucrados en agresio-

nes y en violencia hacia otros? ¿Acaso alguien piensa que esto es el resultado de un milagro o de cosas que vienen de afuera o de otro planeta? ¿Qué explicación les dan a estos hechos? Ninguna.

Fue muy interesante escuchar a uno de los defensores de este proyecto, porque si bien es cierto que entre otras causas mencionó a la socioeconómica, en ningún momento dijo qué pasó en la Argentina. ¿Qué elementos surgen en forma notoria que no vinculen pobreza con aumento de delitos? No tiene autoridad moral quien no vincule estos dos elementos y pretenda erradicar o atenuar conductas tipificadas en el Código Penal si al mismo tiempo no intenta combatir las causas que originan la pobreza y las condiciones socioeconómicas desesperantes y angustiantes en las que vive la enorme mayoría de la población, en especial la juventud y, fundamentalmente, los menores de dieciocho años.

Quien recorra los barrios populares de la Capital Federal, del Gran Buenos Aires, de las grandes ciudades del interior, de los alrededores de estas últimas y del conjunto del país, a excepción de algunas privilegiadas localidades, podrá comprobar una miseria generalizada. Pero por si no han recorrido esas zonas ni tenido contacto en forma física con esa realidad, los diarios lo informan todos los días.

He tomado un diario al azar y hojeando encontré en "Clarín" del 17 de abril un título que decía: "Siete millones de adolescentes y chicos que viven en la pobreza". El 55,8 por ciento del total son menores de dieciocho años, según una medición emanada de la Secretaría de la Presidencia de la Nación que comenzó a realizarse en 1997. En ese año el porcentaje era del 44 por ciento; en menos de seis años creció al 55,8 por ciento. Pero claro, pareciera ser que esto no tiene nada que ver con lo que estamos analizando.

¿Por qué no están desesperados buscando medidas para atenuar esto que estoy señalando? Podría ser una medida cualquiera, y no discutamos si es la más práctica o la mejor. ¿No creen que si esto empezara a atenuarse no bajarían inmediatamente los riesgos emanados de los delitos tipificados en el Código Penal? Es hipócrita y cínico negar esto, es producto de actitudes reaccionarias y autoritarias que siempre buscan tapar los problemas y no combatirlos, atenuándolos en sus causas y no en sus efectos.

Los que defienden proyectos de esta naturaleza no están sensibilizados por la muerte de policías, porque estas medidas no son efectivas para combatir el mal que pretenden reprimir.

El informe periodístico que cité también dice que la indigencia en la niñez y en la adolescencia creció más que la pobreza y ha llevado a que uno de cada cuatro menores de dieciocho años sea un indigente. Donde vean cuatro chicos, uno es indigente. Sin embargo, esto no tiene nada que ver con lo que estamos considerando.

¿Esos jóvenes indigentes están en la misma situación de serenidad, madurez, absorción de principios éticos y de cultura del trabajo que quien dispone de abultados fondos o se encuentra en una situación económica que le permite educarse y desarrollarse? Repito: uno de cada cuatro chicos es indigente.

Si le preguntáramos a la población acerca de si el hecho de que haya 7 millones de chicos en la pobreza tiene algo que ver con el aumento de la delincuencia, si para combatir la delincuencia habría que terminar con esa situación o si lo más importante es aumentar las penas y reprimir, todos nos contestarían de la misma forma. La mayoría de los argentinos nos sentimos inseguros; no digo todos, porque hay algunos que tienen dinero y cuentan con guardias privados y viven en barrios cerrados, pero la enorme mayoría vivimos en una situación de inseguridad muy grande y tememos por la seguridad de nuestros hijos.

Mis padres no se preocupaban por la hora a la que yo regresaba, pero yo vivo pensando a qué hora volverá mi hijo. No creo que la mentalidad del pueblo argentino se haya vuelto delincuente; no creo que tenga que reprimir a alguien que se volvió loco y puso en riesgo mi vida y la de mi familia.

Veo a millones de pobres por todos lados y me desvivo pensando cómo atenuar las causas de esta situación tan grave que azota a la ciudadanía. Por supuesto que existen otros problemas; pero si bien éste no es el único, es el más importante, y si no se soluciona no cambiará nada. Esto no nace de ninguna doctrina penal.

En el mundo no hay doctrina penal seria que sostenga que las políticas represivas o judiciales constituyen la respuesta eficaz para evitar el aumento de los delitos. Podrán imponer penas de veinte, veinticinco, cincuenta años, cadena perpetua, pena de muerte, fusilamiento,

etcétera, pero la experiencia indica que de esa manera no se combate el mal que se pretende erradicar. Como ya señaló una señora diputada, con este tipo de medidas se agrava y estimula la violencia.

No son ajenos a este problema los principios que se transmiten desde la autoridad, el Estado y las fuerzas que componen el aparato estatal.

Por supuesto que nuestro bloque no simpatiza con las instituciones de la represión. Tampoco simpatizamos con ninguna sociedad que por estar dominada por un sector minoritario necesita instituciones represivas para mantener el poder del Estado, el poder económico y la concentración de la riqueza.

Obviamente, no puede prescindir de esas instituciones de represión, porque sin ellas no podría mantener ese poder político y económico que beneficia a unos pocos. La enorme mayoría se rebelaría más fácilmente de lo que se rebela teniendo que enfrentar aparatos de represión.

Con esto no quiero decir que seamos insensibles frente a cualquier muerte, especialmente cuando es violenta, y al dolor de los familiares de la víctima: madre, padre, hijos, hermanos. Somos sensibles frente a esa situación: allí no hacemos distinciones, aunque sería una hipocresía decir que todas las muertes nos duelen igual. No es así; la muerte de un ser querido nos duele más que la de alguien que no conocemos. Pero toda muerte provoca dolor, por el sufrimiento que se ve alrededor.

Uno, como legislador, como persona que puede hablar en los medios o incidir en algo, busca la forma de combatir este flagelo, pero se encuentra con el Estado. ¿Qué transmite el Estado? ¿Qué autoridad moral tiene frente al conjunto de la población —a la que me referí muy brevemente porque formamos parte de ella— para exigirle pautas éticas?

Estamos ante un Estado plagado de corrupción, un Estado que dejó impunes los máximos crímenes cometidos en el último siglo en nuestro país: los que cometió la dictadura militar.

El Estado, las instituciones y la dirigencia política se desviven por mostrar que están preocupados y son sensibles frente a la muerte de un policía, frente a su asesinato por su sola condición de tal, como se señala en esta iniciativa. Sin embargo, al mismo tiempo, el Estado muestra otra ética cuando deja libre a miles de represores integrantes de las fuerzas armadas

y de seguridad que torturaron, violaron, asesinaron y secuestraron chicos. ¿Cuál es la coherencia ética? ¿Dónde está la autoridad moral?

Esto es algo que se percibe en forma consciente o inconsciente en la población. A ello se debe la actitud del joven que en una esquina ve pasar al representante del Estado uniformado, que quizás no ha tenido ninguna vinculación con esta violación ética a la que me refiero y no tiene nada que ver con la sanción de las leyes de impunidad ni ha participado en hechos de corrupción que hayan quedado impunes cometidos por altos funcionarios del Estado. Ese joven percibe que no tiene obligación de respetar esa autoridad que a veces, por el solo hecho de estar en una esquina, lo patota, lo empuja, lo tira al piso y lo lleva a la comisaría.

Muchas veces se ha dicho que a la comisaría se entra por una puerta y se sale por la otra. Pero, ¿ustedes vieron cómo se entra y cómo se sale? Se sale en forma muy diferente de la que se entra. Miles de chicos y de adultos entran sanos a una comisaría y salen golpeados, torturados, humillados, denigrados o violados.

Entonces, ¿qué autoridad tienen estas instituciones del Estado? ¿Ustedes creen que un joven que está en una esquina, que todos los días busca trabajo desesperadamente y al que maltratan y le hacen hacer cosas interminables, sin darle respuestas positivas que se cría sin poder acceder a la educación, no sabe que hubo denuncias públicas de soborno en el Senado y que no hay un solo sancionado ni investigación seria sobre lo que ocurrió? ¿Ustedes creen que ese joven no sabe que se acusó al Poder Ejecutivo por intentar coimear y a los senadores de ser coimeados y que no hubo ninguna respuesta de la Justicia? ¿Creen que esto no influye en nada para que no haya respeto a la autoridad?

El problema es que el suboficial, que vive en un barrio obrero y al salir a la calle ve a un vecino al que le están robando e interviene por acto reflejo, o ni siquiera interviene y lo matan porque le ven el arma, no tuvo nada que ver con la impunidad ni el soborno en el Senado. ¿Dónde está la preocupación de las autoridades por proteger esas vidas?

En cuanto a las propias fuerzas de seguridad, toda la población conoce y se informa todos los días de que están involucradas en gravísimos delitos; lo han estado, lo están y lo estarán. Muchos vecinos dicen que no saben si tener un

policía cerca es una protección o un riesgo. ¿Por qué se hacen esta pregunta?

No se trata del policía de la esquina, el que trata de cumplir con su tarea, que gana poco, hace adicionales y trabaja doce o catorce horas diarias porque tiene familia y necesidades. Se trata de uniformados como los involucrados en la masacre de Ramallo o en el atentado de la AMIA, que no fue un simple robo, sino un atentado que causó la muerte de numerosos habitantes del país.

Esos hechos quedaron impunes. Esa impunidad es la ética que se transmite desde el poder y desde las autoridades, las mismas que hoy pretenden convencer a la población de que la salida a las violaciones éticas es reprimiendo a quienes incurren en delitos.

Aquí se han mencionado muchos casos. La población ha visto que se asesinó a gente que estaba cortando una ruta para solicitar trabajo: Aníbal Verón, Teresa Rodríguez, Víctor Choque y tantos otros, como los que mencionó el señor diputado Gutiérrez.

Podemos citar el asesinato de José Luis Cabezas, donde hubo numerosos policías involucrados de una u otra forma. Los periodistas repiten: "No se olviden de Cabezas", pero los policías están libres y las imputaciones fueron desvirtuadas o diluidas. Terminó siendo un hecho donde la policía tuvo poco o nada que ver. ¿Cuántos casos de este tipo podemos mencionar!

Repito que el miembro de la Policía Federal o de la Policía Bonaerense que está en el barrio e interviene para defender a alguien o impedir un delito quizá no tenga ninguna relación con el caso Cabezas. Incluso, a pesar de su función represiva, hasta se habría negado a intervenir en casos como los que he señalado. No estoy generalizando, sino responsabilizando al Estado, representado en este Poder Legislativo por quienes pretenden aparentar sensibilidad por la muerte de un policía y, montados en ese hecho, quieren aumentar las penas represivas.

En el seno de una familia no hay nada que pueda confundir más a los hijos que la ausencia de ley o el doble discurso. Se crea una confusión en los chicos, ya que no saben cuál es la norma o la pauta ética que transmiten el padre o la madre. En la sociedad se reitera la misma situación. La ley es la que da autoridad moral y establece las reglas de juego. Pero este Estado, estas instituciones y quienes las integran, que

sostienen estas políticas, no tienen autoridad para imponer una ley, porque la norma es desigual, ya que responde a principios éticos, por un lado, y amorales, por el otro. Mantener esa impunidad es acentuar el riesgo que se pretende combatir.

Una señora diputada que me precedió en el uso de la palabra ha dicho que todo esto estimula la violencia, irrita y discrimina. El principio de la Constitución Nacional habla de igualdad de los iguales.

Entonces, quisiera saber qué pasa con un discapacitado que es asesinado porque tiene menos posibilidades de defenderse que alguien que no tiene alguna discapacidad. En ese caso, ¿por qué no se aumentan las penas?

Hace pocos días un grupo de piqueteros reclamaban en Lanús planes Trabajar, subsidios o algún ingreso en un corte de ruta. Todos conocerán el caso. Pasó en un moto un miembro del Servicio Penitenciario Federal, sacó su arma y disparó. Los piqueteros estaban tratando de convencerlo de no pasar y de respetar el corte de ruta. Ellos tienen grupos especiales que se aproximan a las personas para persuadirlas de que depongan actitudes o reacciones violentas. Sin embargo, este policía le pegó un tiro a un piquetero, quien quedó herido. A pesar de que la policía estaba a sólo cien metros del lugar del hecho, dejó pasar al agresor.

El piquetero es un desocupado, excluido y marginado, que está mucho más indefenso que cualquier otro integrante de la población. Sale a jugarse y a arriesgar su pellejo para buscar trabajo, debido a la política económica que establecen desde el Estado. ¿Dónde está la protección del Estado? ¿Dónde está el aumento de penas para un funcionario que posee un arma que el Estado le ha dado para combatir delitos, pero que utiliza para reprimir a alguien que legítimamente recurre al único recurso que le queda?

Sr. Presidente (Natale). – La Presidencia informa al señor diputado que le resta un minuto de exposición.

Sr. Zamora. – Parece que está llegando el proyecto del Senado...

Sr. Presidente (Natale). – Hay quince diputados más anotados, por esa razón la Presidencia le solicita que redondee su exposición.

Sr. Zamora. – Me da la impresión de que es importante esta discusión, porque no se trata del problema que sufre un policía asesinado en

las condiciones a las que se refiere el proyecto sino de las consecuencias que sufre la enorme mayoría de la población.

Es tan demagogo y oportunista este proyecto que distintas editoriales de diarios han alertado sobre esta cuestión.

Un señor diputado ha dicho que no le regala a la izquierda la defensa de los derechos humanos ni a la derecha la defensa del orden. Pero un editorial interesante del diario "Clarín" comenta el asesinato de cuatro policías en los últimos días, la política de seguridad y señala que es innegable abordar este problema...

Sr. Presidente (Natale). – Su tiempo ha concluido, señor diputado.

Sr. Zamora. – Entonces, voy a redondear.

Ese editorial dice: "...las respuestas judiciales o policiales puramente represivas, además de conllevar el peligro de favorecer la arbitrariedad o la injusticia, no serán efectivas en revertir el problema de seguridad.

"Es necesario, por eso mismo, que las políticas en ese campo contemplen objetivos de contención social, reinserción de jóvenes en la escuela y el trabajo y medidas adecuadas de prevención en las zonas o situaciones críticas." Además, indica que: "...las autoridades, civiles o policiales, no deben dar respuestas emocionales destinadas a tener efecto en una opinión pública sensibilizada, sino encarar con realismo y profesionalismo los cambios normativos y operativos adecuados para un tratamiento integral del tema."

No estoy tan preocupado por el hecho de que la Policía Federal se lleve un auto mal estacionado; estoy preocupado porque, junto con las policías de distintas provincias, participó en el asesinato de treinta manifestantes entre los días 19 y 20 de diciembre del año pasado. ¡Cómo habría de preocuparme cuando se lleva un auto! Justamente éste es el acto fallido –diría un psicoanalista– que ha mostrado la preocupación de quienes impulsan el proyecto en debate.

Por las razones expuestas, adelantamos nuestro voto negativo.

Sr. Presidente (Natale). – Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Walsh. – Señor presidente: en el debate de este tema se están abordando cuestiones tales como la seguridad y la inseguridad, y necesariamente se mencionan las palabras "justicia" e "impunidad".

Estoy convencida de que muchos señores diputados tienen una especial sensibilidad en relación con el asunto que estamos discutiendo. En un debate sobre seguridad, justicia, impunidad, el mismo señor presidente debe tener una especial sensibilidad, sobre todo si recordamos los días en que fue intendente de la ciudad de Rosario durante la última dictadura militar, cuando la aplicación de torturas era práctica habitual en todo lugar donde se pretendiera estar resguardando alguna clase de seguridad, entre comillas.

Lo cierto es que desde la Izquierda Unida entendemos que, en muchos aspectos, este debate es absolutamente hipocrita. La mayoría de quienes no escuchan mis expresiones está tratando de averiguar cuánto falta para que la Cámara considere el único proyecto que importa esta noche, el que viene del Senado; y en un sentido amplio de tratamiento de la cuestión, esa iniciativa se vincula casualmente con la seguridad y con la inseguridad para miles de ahorristas.

A propósito de la impunidad, no creo estar insistiendo demasiado si digo que en esta Cámara algunos paladines de la defensa de la justicia no están dispuestos a sentarse en sus bancas a la hora de debatir una deuda pendiente relacionada con las leyes de punto final y de obediencia debida, y los decretos de indulto.

Se habla del dolor de las viudas de los policías asesinados, del dolor de los hijos pequeños de madres y padres policías asesinados; pero algunos de los que han hecho referencia a ello no han sido capaces de registrar algún tipo de dolor cuando se menciona el terrorismo de Estado. Es importante señalar este tema, porque a la hora de hablar de fuerzas de seguridad, para muchos miles de argentinos estamos haciendo alusión a fuerzas de "inseguridad" que vienen siendo denunciadas desde hace muchísimos años como instituciones que todavía cuentan entre sus filas a una gran cantidad de integrantes que están acusados de violaciones a los derechos humanos.

Proponer con apuro e insistencia la sanción de esta iniciativa en respuesta a la presión de algunos medios periodísticos y sosteniendo que se trata del reclamo de la mayoría de la población nos parece un nuevo acto de irresponsabilidad política. Es verdad que la mayoría de la población está reclamando seguridad, pero dentro de ella están, por ejemplo, los miles de ahorristas que esperan que no cometamos una nueva canallada.

Las viudas de los policías no están manifestando a las puertas del Congreso, a pesar de que con frecuencia declaran que los policías ganan una miseria, que carecen de chalecos antibalas, que muchas veces les suministran municiones vencidas y que se los utiliza para reprimir movilizaciones y reclamos justos que se producen cuando se instrumenta una política económica genocida como la que se está aplicando, y de la que en unas pocas horas tendremos un nuevo ejemplo.

Izquierda Unida tiene sensibilidad; en consecuencia, nos duele tanto la cantidad de policías asesinados en las últimas semanas como los cien chicos que cada día se mueren por causas vinculadas con la desnutrición, que se podrían evitar. También nos duele la larga lista de víctimas de esta política económica genocida que, por ejemplo, incluye al jubilado que esta tarde murió en Lomas de Zamora mientras esperaba cobrar. Evidentemente las sensibilidades frente a estas cuestiones son muy diferentes. No es lo mismo lo que planteó el señor diputado Gutiérrez, cuyo hermano era un subcomisario, víctima de un delito cometido por policías, que lo que expresan algunos otros legisladores.

En algún sentido nuestra postura expresa lo que ya han manifestado otros señores diputados, pero vamos a hacer uso completo del tiempo que nos han asignado porque es lo que corresponde, a pesar de que algunos colegas piensen que tenemos que hablar poco o nada.

Este proyecto, este breve texto de escasos renglones, tiene trascendencia, pero acarreará un efecto exactamente contrario al que persigue, consistente en defender la vida y la seguridad de los integrantes de las llamadas fuerzas de seguridad. Como si a la mayoría de los diputados nacionales les importaran esas vidas y esa seguridad, cuando para legislar en contra del pueblo se requiere el concurso de fuerzas represivas, entre otras cosas para que estén parados durante horas custodiando este recinto donde se está legislando en contra del pueblo.

Nos preocupa que durante horas y horas haya tantos policías rodeando el Congreso de la Nación nada más que para preservar la seguridad de los diputados y senadores que están legislando en contra del pueblo, de un pueblo del que también forman parte los policías que están parados ahí afuera.

Queremos señalar que la norma propiciada va a tener el efecto contrario. Este proyecto no

va a otorgar mayor seguridad a los policiaes; no podrá evitar en modo alguno que sean asesinados. Por el contrario, puede llegar a agravar las cosas.

La iniciativa en consideración se inscribe en la mal llamada mano dura, que denomino así porque resulta sumamente blanda, cuando no cómplice, a la hora de responder o afrontar innumerables denuncias por abuso, atropello, torturas, vejámenes, malos tratos, tormentos o gatillo fácil, por citar algunas de las cuestiones aún pendientes de solución en nuestro país a la hora de hablar de fuerzas de seguridad.

Fue aquí mismo, en este recinto, donde se obligó al ex jefe de la Policía Federal, comisario Rubén Santos, a retirarse. ¿Acaso le dijimos que se fuera porque era ejemplo de alguna clase de institución ejemplar? En modo alguno. Esas denuncias por las que todavía hay que rendir explicaciones son las que dan cuenta de la necesidad de una profunda y urgente discusión sobre la clase de protección que brindan las fuerzas de seguridad, que casi siempre podríamos denominar represivas.

Por eso surge con frecuencia la reiteración de cargos por tormentos y maltratos a menores en comisarias y, en lo que se relaciona con este debate, la repetida instrumentación de pruebas falsas para borrar las huellas de los delitos en que se incurre.

De estas cuestiones son de las que estamos hablando o, mejor dicho, no estamos queriendo hablar de cómo se trata a los menores en las comisarias de nuestro país, de la situación en los institutos de menores y en las cárceles, de las consecuencias de una política económica genocida.

Estos resultados de los que no queremos hablar son los pibes chorros, que se vuelven pibes asesinos, pero que en todo caso son también nuestros chicos, que están naciendo sin derecho a nada. No sólo nacen pobres y miserables sino también excluidos, y se ha probado –por si alguien lo quiere estudiar– la relación que existe entre el aumento del delito social y la exclusión.

Esto no quiere decir que los pobres son o se hacen delincuentes. Significa que después de veinticinco años, desde la última dictadura militar hasta ahora, con los mismos planes económicos, el mismo Fondo Monetario Internacional y los mismos “gerentes” que ahora parece que

retornan como si fuera el regreso de los muertos vivos, tenemos como resultado este país, después de haber aplicado este conjunto de medidas.

Vale decir que el país en el que vivimos no es el resultado de un factor meteorológico sino de una política económica aplicada con continuidad. Es así que tenemos a esos chicos que se vuelven chorros y asesinos, pero queremos solucionar el problema con la modificación del artículo 80 del Código Penal. ¡Qué vergüenza que pensemos que ésta es la forma de solucionar la cuestión; que esto le va a salvar la vida a un policía o va a mitigar las lágrimas de su esposa! ¡Qué vergüenza! ¡Qué atentado a la inteligencia es suponer que con más mano dura, con más violencia, se podrá resolver la problemática de nuestro país! Fijense que no estamos hablando de alimentos, no estamos resolviendo el tema de la salud ni el empleo, no hablamos de las verdaderas causas de la exclusión. Sólo estamos esperando para ver si dentro de un rato podremos volver a embromar a los ahorristas.

Nos quieren vender un aumento de la legislación represiva pero no lo compramos, porque tenemos mucha claridad en todas estas cuestiones. La mayoría de los que pensamos de esta manera también hemos sido asaltados, muchos también hemos sido tomados como rehenes o hemos sufrido el desvalijamiento de nuestra casa; pero en los barrios que conozco y entre la gente en que confío, cuando a uno lo están asaltando, robando, o tomando como rehén, se le presenta un problema en esta guerra de pobres contra pobres; y cuando uno llama a la policía –en la provincia de Buenos Aires al menos, que es el territorio que conozco en profundidad–, se encuentra con que tiene dos problemas.

Eso lo saben los vecinos que prefieren organizarse barrio por barrio, pero que al mismo tiempo están entendiendo qué pasó en el país para que tengamos instalada esta situación.

¿Por qué cuando nace un chico en una villa, en un barrio pobre, en un asentamiento, no tiene derecho a nada? No puede ir al jardín de infantes y menos a la primaria o a la secundaria; tampoco puede ir a un centro de salud, a una piscina para aprender a nadar o a otro lugar para practicar algún deporte.

A eso se lo llama estar excluido, formar parte de una familia destruida por esta política económica. ¿Y ustedes lo quieren resolver modifi-

cando el artículo 80? La verdad es que si no fuera una tragedia hasta daría risa, porque es un atentado a la intelectualidad creer que esto se resuelve con más mano dura.

Lo que está pasando es, precisamente, el fracaso de esa mano dura. Es la respuesta de los sectores excluidos, de esos pibes chorros, de esos pibes asesinos, una respuesta cada vez más violenta y vinculada con algunos negocios de los que de ninguna manera están desvinculadas las instituciones a las que pertenecen los integrantes de las fuerzas de seguridad.

¿Acaso días atrás no hemos leído en los diarios que el jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires debió renunciar por estar involucrado con la prostitución en esa jurisdicción? ¿No hemos leído las denuncias que se vinculan, precisamente, con integrantes de las fuerzas policiales relacionados con el tráfico de drogas?

¿No sabemos acaso que estos pibes chorros, estos pibes asesinos, muchas mas veces consumen drogas que les venden precisamente, los integrantes de las instituciones que llamamos de seguridad? Claro que lo sabemos; la mayoría de los que estamos aquí lo sabemos.

Este debate es hipócrita, porque se pretende emitir una clase de señal y hay algunos que quieren empezar la campaña electoral antes de tiempo. Nosotros, desde Izquierda Unida, decimos que nos preocupa el dolor de la mujer de una policía y también lo que les pasa a los chicos muertos por policías. Nos preocupa tanto que estamos denunciando que esas fuerzas están siendo usadas para las peores tareas, para los peores trabajos, relacionados con la represión —con sueldos que en muchísimos casos son miserables— para preservar la seguridad en el interior del país, defendiendo legislaturas, casas de gobierno, recintos parlamentarios, donde siempre se vota en contra del pueblo, aunque a la hora de hacer el circo se los nombra como si a alguien le importara algo.

Nosotros decimos que esto es una impostura y que si realmente queremos debatir la cuestión de la seguridad en nuestro país, primero discutamos el tema de la impunidad en la Argentina. Tengamos la misma sensibilidad frente al dolor de los familiares de los desaparecidos que de los asesinados.

Si creemos que la seguridad en nuestro país se construye dejando en libertad a los genocidas, entonces tengo que pensar que somos tontos o

malas personas. Lo cierto es que si nos preocupa la cuestión de la seguridad tenemos que discutir las políticas económicas a favor del pueblo y no en contra del pueblo. Hagámoslo en los próximos minutos, porque de lo contrario me temo que dentro de poco tendremos que reformular el Código Penal para incluir algunas otras penas, por las dudas que alguien agrede a un señor legislador de una manera más fuerte de la que están siendo agredidos hasta ahora. ¿Acaso vamos a poner penas especiales para quien ataque a un diputado nacional?

Tenemos que entender que las instituciones, en este caso las fuerzas de seguridad, se defienden con sus actos y con las buenas acciones de sus integrantes. A veces estas instituciones no pueden ser defendidas, porque a los policías a los que mandan a reprimir no les preguntan lo que piensan; simplemente los obligan a hacerlo. Obviamente algunos están de acuerdo con reprimir, pero otros no.

Entonces, mientras no estemos dispuestos a discutir la modificación del Código Penal en su conjunto, seguramente va a continuar esta política represiva que está al servicio de la política económica que estamos denunciando.

Si esta actitud no se modifica seguiremos usando nuestro tiempo para exponer y nuestro voto para votar en contra de esta clase de proyectos.

Sr. Presidente (Natale). — Tiene la palabra el señor diputado por Corrientes.

Sr. Cortinas. — Señor presidente: el tema que nos convoca es la modificación del artículo 80 del Código Penal, que se encuentra en el Libro II, capítulo "De los delitos contra las personas y la vida". En mi opinión esta propuesta presenta una serie de facetas que voy a enumerar, mencionando en primer término las de mayor entidad.

En primer lugar, considero que la sanción de esta norma en nada va a contribuir al propósito que supuestamente la anima. Aclaro que no voy a entrar en el debate de tipo ideológico que algunos sectores plantearon con la intención de demonizar a la policía y de afirmar la necesidad de un Estado sin fuerzas de seguridad con el argumento de que están al servicio de la represión. En mi opinión, ideologizar este tema tan delicado constituye una falta de respeto hacia quienes están observando qué es lo que hacemos desde estas bancas.

Decir que no debería verse este proyecto porque existen policías que actúan al margen de la ley o que participan en la comisión de delitos es un argumento falaz, de un contenido ideológico que no sólo no comparto sino que al mismo tiempo desnaturaliza absolutamente la calidad y la seriedad que requiere este debate.

Los autores italianos, como bien lo mencionara el señor miembro informante, diputado Fayad, fueron los primeros en tratar en la teoría general del delito cuestiones relativas a las penas. También lo hicieron los autores alemanes y algunos españoles como Jiménez de Asúa, y dentro de nuestro territorio batadistas de nota como el maestro Sebastián Soler.

Este es un proceso que ha venido evolucionando a lo largo de los años y la jurisprudencia se ha ido perfeccionando hasta conformar lo que hoy se entiende como un Código Penal moderno, de aplicación en los países serios y en las repúblicas democráticas.

Está claro que el índice de criminalidad ha aumentado notoriamente. Seguramente los factores que inciden en ese incremento de los actos delictuosos son múltiples y diversos, pero me parece que a lo que se debe propender desde el Estado, que tiene como obligación esencial garantizar la seguridad interior —derivada precisamente de normas constitucionales—, es a brindar a las fuerzas policiales y de seguridad la más alta capacitación profesional, los mejores elementos que la actual tecnología pone al servicio de las policías más avanzadas del mundo y un reconocimiento al riesgo de esta actividad que tiene la función nada menos que de custodiar y proteger los bienes y las vidas de quienes habitamos en este país.

No es aumentando las penas a quien cometa el homicidio de un policía como lograremos que estos lamentables hechos disminuyan. El delincuente sorprendido in fraganti durante la comisión de un delito y portando armas no tiene el Código Penal en la mano ni está analizando en ese momento cuál es la sanción que el Estado de derecho le va a aplicar en función de la normativa vigente. Lo que el delincuente pretende es escapar de la acción de la Justicia, evitar ser detenido y de esa manera continuar con su vida al margen de las normas civilizadas de convivencia.

Se ha dicho que la pobreza, en su manifestación aumentada en los últimos tiempos, consti-

tuye un elemento coadyuvante en la proliferación de nuevos delitos. Debo decir que crímenes atroces de los cuales todos tenemos memoria han sido cometidos no precisamente por aquellos sectores de menores recursos, los pobres o los excluidos del sistema. La crónica policial de muchos años atrás puede dar cuenta de lo que estoy diciendo.

También he notado que hay algunos señores diputados que leyendo los diarios de circulación nacional analizan los comentarios que allí se publican y sobre la base de lo que señala un periodista —opinión que hemos leído con anterioridad—, se extienden en sus alocuciones reiterativas y recurrentes con los mismos argumentos totalmente alejados del tema que estamos analizando.

— Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Honorable Cámara, don Eduardo Oscar Camaño

Sr. Cortinas. — Pretender demonizar a la policía porque algunos de sus integrantes actúan al margen de la ley es una falacia. No podemos llegar a la conclusión de que no puede aumentarse la pena para quien mata a un policía porque los policías son cómplices de los delincuentes: es cierto que algunos lo son, pero también es cierto que existen policías honestos, incorruptibles y que permanentemente se están arriesgando para proteger nuestros bienes y nuestras vidas.

Por las razones expuestas adelanto mi voto negativo a este proyecto de ley por el que se modifica el artículo 80 del Código Penal. Considero que esta iniciativa se contradice con la mejor doctrina que existe en la materia.

El hecho de que el agravamiento de las penas no conlleva la disminución del índice de criminalidad se da claramente en aquellos países donde todavía se aplica la pena de muerte. Si analizamos las estadísticas de algunos estados de los Estados Unidos de Norteamérica que conservan todavía la pena de muerte como sanción para algunos delitos, advertiremos que en esos estados el índice de criminalidad no ha disminuido.

El artículo 1° del proyecto en consideración, por el que se incorpora el inciso 8° al artículo 80 del Código Penal, adolece de alguna insuficiencia en su redacción, porque señala que la pena será mayor cuando la víctima fuese "un miembro de las fuerzas de seguridad pública, policiales o penitenciarias, por su función, cargo o condi-

ción." Comparemos esta redacción con lo que establece el inciso 1º de esa misma disposición, que impone reclusión o prisión perpetua al que matare a su ascendiente, descendiente o cónyuge, sabiendo que lo son. Esta es una cuestión técnica que podría parecer semántica, pero tiene una profunda significación; es el caso de los delitos que poseen elementos subjetivos en su tipificación.

Por las razones expuestas: anticipo mi voto negativo a este proyecto de ley, y termino mis palabras haciendo un reconocimiento especial a aquellos servidores públicos que militan en las fuerzas policiales y de seguridad, quienes con dignidad, honestidad, sacrificio y poniendo permanentemente en riesgo su vida para protegernos a lo largo y a lo ancho del país, nos dan un verdadero ejemplo de patriotismo en estos tiempos en los que las cuestiones éticas y patrióticas parecen haber quedado en el olvido.

Sr. Presidente (Camaño). — Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Monteagudo. — Señor presidente: en principio quiero salir de ese viejo esquema que rechazamos quienes estamos en contra tanto de las prácticas de la violencia institucional, del abuso de autoridad y del gatillo fácil como de la delincuencia y de los delincuentes. Hago la aclaración porque a menudo se cae en este reduccionismo lamentable.

En segundo lugar, solicito que se me permita leer parte de mi discurso porque para su redacción he contado con la colaboración de mucha gente. Además, pido el debido respeto de mis compañeros diputados nacionales, no por lo que voy a decir, sino por quienes han trabajado para que este discurso pudiera concretarse.

Desde la vuelta de la democracia hasta el año 2000, el 88 por ciento de los delitos de violencia institucional que terminaron en muerte fueron cometidos por esta institución policial, contra un 12 por ciento que cometieron en conjunto las demás fuerzas de seguridad: Gendarmería, Prefectura, Ejército, Marina, Aeronáutica y Servicio Penitenciario.

Los datos totales por provincia son los siguientes: Buenos Aires, 450 casos; Santa Fe, 149; Córdoba, 107; Ciudad Autónoma, 76; Mendoza, 49; y Corrientes, 25 casos. Si tomáramos estas cifras y comparáramos la cantidad de casos por distrito, tendríamos los siguientes porcentajes sobre el total de muertes: Buenos Aires, 44 por

ciento; Santa Fe, 15 por ciento; Córdoba, 11 por ciento; Ciudad Autónoma, 8 por ciento; Mendoza, 5 por ciento; Corrientes, 3 por ciento; y el resto del país 14 por ciento.

Si comparamos el número de casos por provincia y por millón de habitantes, los porcentajes en relación con la población dan una imagen bien distinta: Santa Fe, 24 por ciento; Córdoba, 16 por ciento; Buenos Aires, 15 por ciento; Mendoza, 14 por ciento; Ciudad Autónoma, 13 por ciento; y Corrientes, 12 por ciento.

Obviamente, aquí se revela la envergadura real de la represión policial en la Argentina. Dejando de lado su sesgo diferencial, dada su colosal supremacía poblacional la provincia de Buenos Aires ocupa el tercer lugar después de Santa Fe y Córdoba.

Por supuesto que las políticas de mano dura no son un patrimonio exclusivo bonaerense ni tienen un color político particular. A veces son necesidades operativas de un sistema político económico imperante que desde hace mucho nosotros llamamos modelo neoliberal.

El promedio de edad de las víctimas es de 17 años.

Sr. Fayad. — ¿Me permite una interrupción, señora diputada, con el permiso de la Presidencia?

Sra. Monteagudo. — Sí, señor diputado.

Sr. Presidente (Camaño). — Para una interrupción tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. — Señor presidente: con la mejor buena intención me permito recordar que el reglamento de la Cámara prohíbe la lectura de discursos.

Este es un tema muy importante y se han anotado una gran cantidad de oradores. Es por ello que si la señora diputada va a dar lectura total al escrito que ha preparado, le sugiero que solicite su inserción y formule oralmente las consideraciones que estime pertinentes.

Sr. Presidente (Camaño). — La Presidencia interpretó que la interrupción que había solicitado era para referirse al tema en debate.

Continúa en el uso de la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Monteagudo. — Aclaro que no estoy leyendo, señor presidente.

Decía que el promedio de edad de las víctimas es de 17 años y en su mayoría —tal como

han dicho varios señores diputados— pertenecen a los sectores más pauperizados de la población. De esa cantidad sólo un 13 por ciento registra condena anterior.

A pesar de los registros con que se cuenta, muchas muertes se dan en ocasión de la aplicación de tormentos. Pero sólo siete causas se encuentran con condena por delito de tortura seguida de muerte.

Estamos hablando de una institución policial que se encuentra en una situación muy particular: está enmarcada en una crisis que es la misma que acosa a toda la sociedad argentina, pero con una diferencia básica sustancial: el grado de impunidad y el motivo por el cual se piensa utilizar esta herramienta.

Puedo decir que por cada policía que muere en el cumplimiento del deber hay ocho obreros que también mueren en el cumplimiento del deber, porque se caen de los andamios debido a la precariedad de las condiciones de trabajo. Con este criterio deberíamos pensar por qué no agravamos las penas aplicables a las empresas transnacionales. Sin embargo, esto no lo hacemos.

Por otro lado, voy a citar dos casos que merecen ser leídos porque constituyen ejemplos paradigmáticos.

El primero es el de Diego Acosta, de 18 años, cuyo deceso se produjo el 20 de julio de 1999 en la provincia de Santa Fe. El imputado es el agente Jorge Pablo Silva, perteneciente a la Unidad Regional 1ª de la policía de esa jurisdicción. La situación procesal es la siguiente: Silva y su acompañante están procesados por homicidio simple y encubrimiento.

Las circunstancias del hecho son que Diego Acosta iba caminando por la avenida Presidente Perón, de Santa Fe. Un patrullero se detuvo cerca del joven. Bajó el agente Silva, quien dio la voz de alto al menor. El chico, atemorizado, comenzó a correr en dirección al barrio donde se encontraba su vivienda, ocasión en la que el personal policial efectuó tres disparos, uno de los cuales impactó en la nuca de la víctima, ocasionándole inmediatamente la muerte. A las pocas horas, con intervención del jefe de la Unidad Regional 1ª de la ciudad y del subsecretario de Seguridad Pública de la provincia, se elaboró una versión oficial —entre comillas— según la cual hubo un enfrentamiento con un delincuente armado que se resistió y fue abatido. Esta versión fue desmentida por los testigos, permitiendo establecer lo ocurrido.

El segundo caso es el de Marcos Viera, de 24 años de edad. La fecha del deceso fue el 1º de octubre de 1999 y el lugar Claypole, provincia de Buenos Aires. El imputado es el cabo de la Policía Federal Jorge Fabián Goycochea, custodio del entonces ministro del Interior Carlos Corach. La situación procesal del imputado es la siguiente: está procesado por homicidio simple. Sin embargo, está excarcelado porque no hay razones para suponer que se convertirá en prófugo. La familia de la víctima apeló la excarcelación.

Las circunstancias del hecho fueron como siguen. El cabo vio desde un auto una chica sentada en un banco de la avenida Monteverde, de Claypole, y comenzó a hacerle proposiciones. Del otro lado de la avenida, Marcos Viera vio que alguien molestaba a su novia. Colgó el teléfono público desde donde estaba hablando y dejó atrás al amigo que lo acompañaba para cruzar corriendo. El policía respondió a la protesta de Marcos disparándole en el pecho, sin bajarse del auto. Marcos alcanzó a caminar una cuadra hasta su casa, antes de caer herido de muerte.

Hacia instantes había pasado una patrulla bonaerense, cuyos ocupantes vieron simplemente a dos personas riendo. Al escuchar el tiro, volvieron dando la vuelta manzana. El policía se identificó y dijo que lo quisieron asaltar. ¿Saben qué pasó? Al día siguiente el entonces ministro Corach avaló públicamente a su custodio y sostuvo su versión.

Al tomársele declaración indagatoria el policía dio como domicilio real Balcarce 50. Sus abogados defensores son el cuerpo de abogados del entonces Ministerio del Interior y se presentaron en defensa del interés público.

Como hay miles de ejemplos de este tipo que seguramente los señores diputados conocen, voy a hacer abstracción de esos tantísimos casos. Si quiero decir que muchas veces la policía nunca tira a las piernas a una cuadra de distancia para inmovilizar al delincuente, sino que apunta a órganos vitales. Así mata, y no cualquiera sabe matar desde una cuadra de distancia.

¡Qué pena que los señores diputados no estén escuchando lo que estoy diciendo! No es una falta de respeto hacia mí, sino hacia muchas personas que elaboraron este informe. Cuando se critica a la institución por estos delitos y horrores se lo hace en términos de mejorarla.

Sin embargo, aquí pareciera que uno se pone del lado del delincuente, existiendo una gran facilidad para hacer esta lectura. Así se empieza a agitar el fantasma del horror y de los muertos caídos en cumplimiento del deber. Es cierto que hay muchos, y coincido en ello con el señor diputado preopinante. Les tenemos que agradecer que existan y que se hagan cargo de la función para la que fueron llamados.

También hace falta recordar al jefe de Policía D'Angelo, quien tuvo que renunciar la semana pasada y declaró: "Joven y pobre es igual a delincuente."

Es cierto que desde el retorno de la democracia se han sancionado leyes que penalizan la tortura y agravan otras penas cometidas por funcionarios policiales, pero todo lo que podamos hacer nunca será poco en función de determinar qué entendemos por seguridad.

Para finalizar, quiero decir que nos entrevistamos con sociólogos, docentes universitarios, expertos en el tema de seguridad, familiares de caídos como consecuencia de la aplicación del gatillo fácil y familiares de víctimas de la delincuencia. Hemos conversado con altos funcionarios de la policía y también con suboficiales, quienes manifestaron que estaban de acuerdo con la policía que habían elegido, pero que sentían que la habían perdido hacia años.

Consideramos que éste es un tema demasiado complicado y comprometido, porque involucra a millones de vidas de argentinos, como han dicho varios señores diputados que me precedieron en el uso de la palabra.

Por eso, la posición del partido que represento no consiste solamente en estar en contra de esta modificación del artículo 80 del Código Penal, sino también en efectuar un llamado a todos los legisladores nacionales para que entiendan que esto tiene que ver con toda una política de Estado. Debe ser analizada entre todos los actores públicos y privados preocupados por el tema de la seguridad de nuestra Nación.

Sr. Presidente (Camaño). — Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Llano. — Señor presidente: compartimos muchos de los argumentos expuestos con solvencia y con pasión por mi comprovinciano, el señor diputado Fayad.

Estamos convencidos de que esas razones sólidas estarían mejor dirigidas si tuviesen por objeto abonar o lamentar otro tipo de modificaciones o agregarlos al Código Penal.

Estamos persuadidos de que con el proyecto de ley que estamos considerando no vamos a contribuir a defender la vida de los integrantes de las fuerzas de seguridad. Por eso el bloque Demócrata, en la convicción de que no existe otro valor donde deba ser aplicado con mayor rigor y a rajatabla el principio de la igualdad que cuando se trata de la vida humana —además de hacer nuestros los argumentos expuestos por el señor diputado Cortinas— adelanta su voto negativo al proyecto en tratamiento.

Sr. Presidente (Camaño). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Giustiniani. — Señor presidente: en nombre del bloque del Socialismo Popular adelanto que votaremos negativamente este proyecto de ley.

Entendemos que no es conveniente que en esta oportunidad estemos discutiendo la reforma del artículo 80 del Código Penal. Mucho más negativa es esta cuestión en el contexto de la situación que está viviendo nuestro país.

Si alguien buscara un encadenamiento parlamentario en el sentido de por qué esta noche estamos considerando este proyecto, quizá no observaría una unidad de criterio entre lo que está pasando en la calle y lo que está ocurriendo en este recinto.

Este proyecto de ley ha sido presentado con anterioridad, pero esta noche nuestro país atraviesa una situación de incertidumbre con las instituciones de la democracia, ya que no sabemos qué puede pasar mañana. Por eso consideramos absolutamente negativo que la señal que se esté dando tenga que ver con considerar un proyecto vinculado con el artículo 80 del Código Penal, y con el agravamiento de las penas. No compartimos este criterio porque creemos que nos retrotrae al pasado, y además lo consideramos reaccionario. Por otro lado, éste es un debate ideológico, porque la reforma del Código Penal importa una discusión de ideas.

Cuando en 1886 se sancionó el Código Penal se tuvo en cuenta la realidad de una República que comenzó a ordenarse desde la sanción de la Constitución Nacional en 1853. Veinte años antes, el gran escritor francés Victor Hugo describe en *Los miserables* cómo a un pobre hombre llamado Jean Valjean se lo condena a cadena perpetua por haber robado un pedazo de pan. Allí advertimos de qué manera situaciones de exclusión y de explotación se entrelazan con una

sociedad que en vez de actuar sobre las causas lo hace sobre las consecuencias endureciendo las penas. Después de tantos años de experiencia de la humanidad, sabemos que el único orden seguro es el orden justo. Por eso estamos conceptualmente en contra del agravamiento de las penas.

Además, como bien se dijo en este recinto, en la modificación propuesta al Código Penal no encontramos ni razones de vínculo ni modo y causa de comisión, que son los motivos del agravamiento de las penas.

El efecto intimidatorio que se persigue no constituye solución alguna. Por otra parte, se ha hablado de estadísticas que demuestran que el agravamiento de las penas no conlleva una disminución del delito, sino todo lo contrario. Sabemos que estamos discutiendo este proyecto de ley a raíz de noticias periodísticas, y no quisiéramos estar debatiendo mañana acerca de la reducción de la edad de imputabilidad de los jóvenes, ni pasado mañana sobre la pena de muerte, que años atrás se propuso al país. Ese es un camino negativo que no debemos recorrer.

Por lo expuesto, adelantamos nuestro voto negativo. El proyecto que nos ocupa no es una respuesta seria, porque con esta modificación al Código Penal no disminuirá el delito; tampoco es una respuesta responsable, porque se basa en la urgencia que provoca la noticia, y no es una propuesta justa porque se funda en un concepto reaccionario que pertenece al pasado. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Camaño). – Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Esaín. – Señor presidente: los integrantes de nuestro bloque solicitamos a la Presidencia autorización para abstenernos en la votación.

Entendemos que el agravamiento de las penas en el caso de homicidio de integrantes de las fuerzas de seguridad nada aporta al sistema de seguridad y a la defensa de la vida de quien usa un uniforme para salvaguardar el orden y la ley.

Cuando yo era chico, a los 14 o 15 años, me cuidaba el colectivo, el profesor, mi familia, mis vecinos; absolutamente todos ellos estaban preocupados por mi futuro y el de mi generación.

Esta sociedad ha perdido rasgos esenciales de la convivencia humana, la solidaridad y algo mucho más importante: la posibilidad de pensar un destino común. Desde el poder se ha produ-

cido el abandono de estos valores fundamentales, y hasta no mucho tiempo atrás ese fue un valor cotidiano en muchos estratos de la sociedad.

Hace veinte siglos, Cicerón sostenía que los pueblos que están sometidos permanentemente a la injusticia van perdiendo progresivamente esos valores esenciales. Esta verdad que lleva veinte siglos hoy se podría repetir en este recinto.

Al pretender agravar la pena porque la víctima viste uniforme se protege un bien jurídico que en rigor no tiene valor alguno para la delincuencia. En esta sociedad se han roto los códigos más elementales, incluso el de los delincuentes. No hace muchos años quienes delinquieran valoraban la vida humana pues iban a cometer el robo o el asalto y si no podían concretarlo se retiraban. Sólo si sus vidas quedaban en peligro producían un hecho de sangre de la magnitud de la muerte. Hoy la muerte se provoca casi por efecto gracioso, porque la droga invade a los victimarios.

Por otra parte, hay un mercado negro de armas que el Estado no está dispuesto a controlar. Si un adolescente de 16 ó 17 años parara en la calle a un legislador y con los puños limpios le pidiera su billetera seguramente no se la entregaría, pero si portara un revólver sí lo haría. El Estado tolera esa peligrosidad cuando tiene la obligación de desarmar el tráfico de armas que se ha convertido en algo cotidiano.

Cuando un adolescente de 15 o 16 años se involucra en los llamados delitos pesados, cargando un arma en el cinturón, al llegar a la mayoría de edad por lo general no sólo tiene un frondoso prontuario por los delitos cometidos contra la propiedad sino también por haber protagonizado hechos de sangre irre recuperables.

La piedra angular del Estado de derecho es la Constitución Nacional, que en una letra que parece muerta garantiza una serie de derechos fundamentales para todos los que habitamos el territorio de la Nación. Pero hoy tales derechos sólo están garantizados en la letra, porque la realidad social y política no ha permitido que muchos sectores de la sociedad puedan ser incluidos. En este sentido, consideramos que la sanción de esta norma acarreará un resultado neutro, por lo que solicitamos autorización para abstenernos de votar.

Sr. Presidente (Camaño). – Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Stolbizer. — Señor presidente: en virtud de que nuestro bloque no participa de este debate con una posición unificada expondré los argumentos de quienes votaremos por la negativa a la incorporación de un inciso 8º al artículo 80 del Código Penal con el objeto de agravar la pena del homicida de un miembro de las fuerzas de seguridad pública, policiales o penitenciarias, por su función, cargo o condición.

No voy a referirme a la vulnerabilidad que podría tener la prueba de la motivación del hecho a los fines de la aplicación de una pena ni a lo que significa dar valor a la vida humana de algunos por sobre la de otros. Tampoco voy a abundar en datos estadísticos para demostrar que el aumento de la criminalidad en la Argentina no afecta solamente a los policías ni haré citas doctrinarias para demostrar acabadamente que el agravamiento de las penas nunca sirve para disuadir al delincuente.

El único elemento de disuasión de la conducta del delincuente es la certeza de que va a ser apresado y condenado. La única garantía que disuade es la eficacia en la aplicación de las penas.

Me referiré a la finalidad que se persigue y a la ineficacia que tienen los mecanismos que se pretenden implementar, y lo voy a hacer justamente por el profundo respeto que me merecen los señores legisladores que impulsan esta iniciativa y por lo que creo que es la noble causa que los inspira.

Aun los propios impulsores del proyecto han reconocido la ineficacia de este tipo de mecanismos. Han dicho incluso que se trata simplemente de un mensaje que debemos dar. Entonces habremos de preguntarnos: cuál es el motivo, el propósito, el objetivo de esta iniciativa. ¿Alguien puede pensar que se va a dejar de matar a policías o gendarmes? ¿Alguien puede sensatamente pensar que disminuirán estos hechos? ¿Acaso algunos pretenden que nuestro Código Penal no es lo suficientemente severo, ignorando que existen las penas de los artículos 165 y 80, inciso 7, que expresamente establecen penas rigurosas para aquellos casos en que el homicidio ocurre en ocasión del robo? Porque estamos hablando siempre de la muerte de un policía que en la mayoría de los casos ocurre cuando el delincuente va a robar. ¿Ignoramos entonces que las penas que este código impone son lo suficientemente duras cuando el artículo 165 sanciona el caso del homicidio en ocasión

de robo con una pena de diez a veinticinco años de prisión o reclusión, o el *criminis causae* del inciso 7 del artículo 80, que además establece la prisión o reclusión perpetua con la posibilidad de que se le aplique el artículo 52, o sea, la reclusión por tiempo indeterminado?

Es cierto que la jurisprudencia mayoritaria ha indicado en reiterados casos que se debe aplicar la pena del artículo 165, que no es tan grave —no es la reclusión perpetua—, pero lo que sí ha quedado perfectamente definido en distintos fallos de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires es qué es una cosa y qué es la otra. En tal sentido ha dicho que el *criminis causae* del inciso 7 del artículo 80 se da cuando el objeto perseguido es matar a la víctima para robarle, y el caso del artículo 165 —homicidio en ocasión de robo— cuando el autor se propuso el robo y al cometerlo se presentaron circunstancias ajenas a su plan dando lugar al homicidio.

Es falso que nuestro código no sea lo suficientemente severo. Es un error de diagnóstico pensar que el problema de la seguridad en la Argentina debe limitarse, simplificándose a un problema normativo, cuando estamos frente a un problema complejamente estructural.

Si no existen políticas tendientes a prevenir la comisión de los delitos, si tenemos un sistema penal que garantiza la impunidad y no el castigo y un sistema penitenciario y pospenitenciario que no trata adecuadamente la libertad de los externados, si no somos capaces de discutir políticas, es imposible que nos podamos sentar a armar proyectos para toquetear un Código Penal de fondo.

Por lo tanto, lo que tenemos que hacer es definir y ejecutar políticas y no meternos a toquetear el código. Nuestro objetivo no puede ser castigar más severamente cuando el hecho ya está severamente castigado. Lo que debemos hacer es discutir los mecanismos para resguardar la vida, la seguridad y la integridad física de las personas, dentro de las que también está ese policía al que se dice que se pretende resguardar. Pero esa vida hay que resguardarla más celosamente y aquí es donde resulta razonable establecer un privilegio en bien de ese policía que todos los días arriesga su vida por cada uno de nosotros y por nuestros bienes.

¿No nos damos cuenta de que la mayoría de los policías que arriesgan su vida y mueren en

esos homicidios ocurridos con motivo de robo lo hacen fuera de servicio, cuando están con sus familiares, haciendo las compras en el supermercado? ¿No sabemos además que la mayoría de esos policías, como por ejemplo los de la provincia de Buenos Aires, tienen que comprar por sí mismos la vestimenta y los chalecos antibalas para salir a enfrentar el delito?

¿No sabemos acaso que los policías de la provincia de Buenos Aires no realizan prácticas de tiro y que salen a la deriva, defendiéndose en forma individual frente al delito porque hoy no existe inversión que destine recursos para sostener a la policía? ¿No sabemos acaso que tampoco tienen preparación y que cuando salen a hacer prácticas de tiro deben pagar los proyectiles que utilizan?

¿No sabemos además que la mayoría de los patrulleros salen desarmados, con menos personal que el que necesitan, y también a la deriva para enfrentar al delito? ¿Ignoramos que en el conurbano de la provincia de Buenos Aires, en los lugares más difíciles, las comisarias están atestadas de prisioneros porque hay más de siete mil personas detenidas, lo que establece un nivel de convivencia muy peligroso para la seguridad de la propia policía?

¿No sabemos que la policía de la provincia de Buenos Aires se ha convertido en el segundo servicio penitenciario del país por la cantidad de personas que están detenidas en esas condiciones? ¿Ignoramos además que los policías deben salir a trabajar en horarios accesorios para ganarse la vida y sostener a sus familias? ¿Ignoramos a su vez el estado de agotamiento físico y laboral que tienen los policías y de qué modo dicho agotamiento juega en contra de sus posibilidades de preparación para enfrentar el delito?

¿No sabemos cuáles son las condiciones y la responsabilidad que le compete al Estado para largar a la calle al policía en esas condiciones?

Si sabemos todo esto y nada hacemos para bien de la vida del policía —en realidad son muchas cosas más las que se podrían mencionar— lo que estamos haciendo con proyectos de esta naturaleza es honrar la muerte del policía. Eso es impotencia y facilidad, eso es decirle al policía que cuando un delincuente lo mate va a haber una condigna sanción para éste. No protegemos la vida, honramos la muerte del policía.

Debemos analizar junto con los gobiernos provinciales políticas tendientes a destinar los

recursos necesarios a fin de asegurar a la policía que va a contar con los recursos materiales y humanos indispensables para salir a enfrentar el delito y jugarse la vida todos los días.

Las fuerzas de seguridad deben contar, por supuesto, con alguna normativa, pero debe ser una que les permita hacer investigaciones profesionales, salir a desbaratar bandas y no terminar siendo víctimas de las que hoy funcionan en distintos lugares del país sin que se pueda ponerles fin.

Debemos evitar la delincuencia precoz y también la reincidencia criminal, porque por estos dos extremos, el de los jóvenes que ingresan precozmente a la delincuencia y el de los adultos que salen de la cárcel y reinciden, es por donde estamos volcando a la sociedad el mayor resentimiento, los delincuentes más violentos.

Aquí cabe nuestra mayor responsabilidad por falta de políticas concretas.

Sr. Presidente (Camaño). — La Presidencia solicita a la señora diputada que vaya terminando su exposición.

Sra. Stolbizer. — Señor presidente: quiero hacer una aclaración con el debido reconocimiento que tengo hacia la forma en que ejerce la Presidencia. Tengo la mala suerte de que esté conduciendo el debate en momentos en que me corresponde hacer uso de la palabra, después de haber escuchado exposiciones de cincuenta minutos.

Sr. Presidente (Camaño). — Esta Presidencia cumple con el reglamento; lamento que otros señores diputados no procedan de la misma manera cuando ocupan este sitio.

Sra. Stolbizer. — Señor presidente: si los delincuentes no aprecian su propia vida, difícilmente puedan apreciar la de los demás.

Tal como lo señalé con anterioridad, no haré citas doctrinarias, pero sí voy a citar dos opiniones políticas. Una es la del señor secretario de Seguridad de la Nación, el doctor Juan José Álvarez, que cuando concurrió a esta Honorable Cámara manifestó que este no era un problema normativo y que no servía de nada el aumento de las penas. Por supuesto, el doctor Álvarez —que es el funcionario que ustedes han designado, el que sabe y el que tiene competencia— no es el impulsor de este proyecto.

La otra opinión política que quiero citar la voy a leer del Diario de Sesiones de esta Honorable Cámara del 31 de agosto de 1988. Dice así:

"Mejorar la legislación penal no implica siempre, inexorablemente, hacerla más represiva. El aumento de penas represivas, cuando responde a una finalidad política y se motoriza sobre los temores de las capas medias, tiene un nombre, se llama fascismo." Esto lo dijo en una magnífica intervención en esta Honorable Cámara, cuando se discutía la modificación de la condena condicional y la incorporación de la *probation* al Código Penal, un brillante legislador del bloque Justicialista, el doctor Oscar Fappiano, hoy secretario de Derechos Humanos de la Nación.

En ese debate el doctor Fappiano señaló también lo siguiente: "A la llamada violencia delictiva no se la combate con formas más elevadas de represión institucionalizada, sino modificando el entorno en el cual la violencia se hace posible, donde la instrucción es escasa, la oportunidad laboral prácticamente inexistente, la posibilidad de garantizar un sustento digno a la familia es casi nula y la violencia doméstica e institucional es moneda corriente."

Los dichos del doctor Fappiano, y de muchos otros que opinan como él, no resultan teóricos en esta Argentina. Digo esto porque el gobierno del Proceso, que produjo uno de los genocidios más grandes de nuestra historia contemporánea a través del terrorismo de Estado, creó una figura bastante parecida a la que se pretende aprobar en esta sesión. Ese gobierno incorporó al Código Penal el artículo 80 bis, mediante la sanción de la ley 21.338 del año 1976, que luego fue derogada en 1984 por los legisladores de la democracia.

El artículo 80 bis redactado por los genocidas del Proceso e incorporado a nuestro Código Penal, señala casualmente que se impondrá pena de muerte o reclusión perpetua al que matare a quien cumpliera un servicio propio de las fuerzas armadas o de seguridad o policiales o penitenciarias, o fuere víctima de la agresión por su condición de integrante de dichas fuerzas.

Es una lamentable similitud la que tiene ese artículo con la redacción del proyecto en tratamiento. Es lamentable que el diputado Fayad haya hecho referencia a las conductas patéticas para la vida en democracia. En mi opinión es patético para la vida en democracia que nosotros estemos discutiendo la incorporación al Código Penal de un artículo similar al artículo 80 bis consagrado durante la dictadura militar.

Frente al recrudecimiento de la violencia creo que lo importante es garantizar el esclarecimiento

de los delitos para que no haya impunidad. Tienen que aplicarse las penas que existen y, además, debe haber un efectivo cumplimiento de las condenas.

Por otro lado, me parece importante prevenir los conflictos para evitarlos. Creo que la sociedad, y en particular los políticos, deben reflexionar sobre si tenemos autoridad moral para llevar adelante este tipo de proyectos de agravamiento de las penas. ¿Qué hicimos cada uno de nosotros para evitar el recrudecimiento de la violencia de los chicos delincuentes? ¿Qué hicimos para construir proyectos de vida individuales y colectivos?

Tener autoridad moral significa mirarnos a nosotros mismos como responsables de lo que ocurre en la Argentina. Tenemos que preguntarnos qué hicimos para que estas cosas no ocurran. Pero tener autoridad moral significa también que somos capaces de preguntarnos y contestarnos cuál es la pena que le corresponde a aquél que comete un crimen violento, por supuesto nunca justificado. Me pregunto cuál es la pena que corresponde a un hijo de esta Argentina, de la misma que se nos diluye todos los días de las manos sin que seamos capaces de saber cómo hacer para resolver sus problemas y necesidades primarias. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Camaño). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Cigogna. — Señor presidente: de todas las exposiciones que he escuchado en contra del proyecto en consideración, todas excepto dos me merecen el mayor de los respetos, en particular las de los señores diputados Stolbizer, Garré, Giustiniani y Esaín.

Estas últimas disertaciones han mantenido un tono elevado y en algunos casos han tenido una erudición y argumentación que comparto. Sin embargo, no conmueven mi convicción en favor de la iniciativa que estamos debatiendo.

Voy a efectuar una pequeña digresión para comentar que no me merecen ninguna consideración positiva los excesos verbales de los señores diputados Walsh y Zamora, a quienes vengo soportando desde que estoy sentado en mi banca escuchando sus ataques injustos, sus agravios, sus diatribas, sus posiciones de maestro ciruela de la ética, la moral y la sensibilidad.

Les agradezco mucho su inquietud, pero defendiendo mi moral y me hago cargo de mi sensibilidad social. El señor diputado Zamora hizo una

alusión marginal en el sentido de que no estaba de acuerdo con las instituciones represivas. Me voy a permitir corregirlo. De su intervención resulta claro que no está a favor de las instituciones de la República y la democracia.

Sr. Presidente (Camaño). — Diríjase a la Presidencia, señor diputado.

Sr. Cigogna. — Dicho esto, vuelvo al tema específico.

En muchas de las exposiciones que se han vertido en contra de esta iniciativa me parece que se pierde de vista cuál es la naturaleza del derecho penal. Es obvio que el Código Penal no va a resolver por sí mismo los problemas de la delincuencia. No obstante ello, en todos los países de la tierra y en todos los tiempos hubo leyes penales.

Mi maestro, Sebastián Soler, introductor en la Argentina del pensamiento penal liberal de orden alemán, siguiendo a Binding —otro penalista del mismo nivel— nos decía con magistral precisión que en la estructura penal lo que se le promete al delincuente es un mal, una pena. Esto al margen de toda otra consideración.

Vale decir que al delincuente no se le promete que será regenerado. En el Código Penal se le dice que si hizo tal cosa va a recibir tal pena, tal mal. Y el mayor mal es la pérdida de la libertad.

Nos dicen que el agravamiento de la pena no va a traer soluciones. No sé si es así. Tal vez no por sí solo, pero si la gravedad de las penas no tuviera importancia, entonces ¿por qué no hacemos tabla rasa con todo el Código Penal y fijamos una pena única para todos los delitos?

Cada sociedad pena con mayor rigor aquellos delitos que considera más graves. Esto es así en todos los países de la tierra. Como alguien dijo, es cierto que detrás de todo Código Penal existe una ideología. Es indudable que detrás de toda legislación hay ideologías, y de acuerdo a cuál sea el régimen político se va a penar con más intensidad al que viole un derecho que se considere importante. Reitero que esto es así en todos los sistemas normativos de la Tierra, en las democracias y en las dictaduras.

También se dijo que no se va a producir una disminución de la criminalidad con el agravamiento de las penas. Es posible, pero no tengo certeza de que así sea. La finalidad de la sanción penal no es solamente disminuir la cantidad de delitos que puedan cometer aquellos que se sienten impresionados por la gravedad de la

pena; también tiene por objeto separar de la sociedad y por más tiempo a aquellos delincuentes que cometen delitos considerados como muy graves por esa sociedad.

Así se cumpliera uno solo de estos objetivos, la agravación de la pena habrá cumplido con uno de sus fines. Digo esto con absoluto respeto por esas posiciones a las que he hecho referencia. Efectivamente, tengo la certeza de que como sociedad debemos encarar seriamente el combate de la pobreza, la miseria y la desocupación. Creo que existe una relación directa entre el aumento de estos últimos y los índices delictivos. En la miseria se generan códigos culturales que encierran a los pobres chicos que se crían allí; es muy difícil que ellos puedan evadir esos cercos que se les tienden.

Debemos asumir el compromiso de modificar esta tremenda realidad que se ha agudizado en la Argentina en los últimos años. Votar en favor de esta norma no me exime de la responsabilidad ni de la convicción de tener que luchar contra este problema que aflige a toda la sociedad. (*Applausos.*)

Sr. Presidente (Camaño). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Zamora. — Pido la palabra por haber sido aludido.

Sr. Presidente (Camaño). — El orden de los oradores lo fija la Presidencia. Si el señor diputado Stubrin le concede una interrupción, podrá hacer uso de la palabra.

Sr. Stubrin. — Se la concedo, señor presidente.

Sr. Presidente (Camaño). — Para una interrupción tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Zamora. — Señor presidente: he solicitado una interrupción por haber sido aludido por el señor diputado preopinante, quien me ha escuchado perfectamente bien; cuestiono la ética sobre la que se basan los impulsores de este proyecto.

Muchos de los que han seguido este debate por televisión y otros medios no pueden creer que mientras el país atraviesa una situación realmente difícil el Parlamento esté discutiendo esta iniciativa.

Cuestiono la maniobra de que se utilice la discusión de este tema para hacer tiempo hasta que llegue a este recinto el proyecto que está tratando el Senado y encuentre a la Cámara

reunida y con quórum. Este es el tipo de ética que cuestiono.

En cuanto a las instituciones, el señor diputado tampoco ha hecho una observación aguda. También en este caso me ha escuchado bien: cuestiono profundamente estas instituciones y su funcionamiento, y propongo reformarlas por medio de mecanismos de democracia mucho más directos. Veo las calles llenas de democracia, e instituciones como ésta llenas de autoritarismo; por eso las cuestiono.

Sr. Presidente (Camaño). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Stubrin. — Señor presidente: en general los debates políticos realizados en esta Cámara tienden a ser exagerados. Pocas veces como ésta he asistido a un debate tan exagerado en los argumentos y en la temática que pretendía abordar.

Estamos discutiendo un modesto proyecto que contiene una disposición de pocos renglones que propone incorporar al artículo 80 del Código Penal algo que ya está en dicha norma.

En el inciso 7 de este artículo, que es un agravante del homicidio, se establece que se impondrá reclusión perpetua o prisión perpetua a quienes cometan el delito para preparar, facilitar, consumir u ocultar otro delito o para asegurar sus resultados o procurar la impunidad para sí o para otro o por no haber logrado el fin propuesto al intentar otro delito.

Este inciso 7 es de una amplitud y una generalidad tales que estoy seguro que es aplicable cuando un integrante de las fuerzas de seguridad es víctima de un asesinato en la calle en distintas circunstancias y situaciones.

Lamentablemente no se aplica en este sentido y parece de buena técnica legislativa, sano y razonable escribirlo como un inciso adicional.

Le faltan a este artículo 80 otros incisos adicionales, como el que reprime las lesiones dolosas provocadas por integrantes de las fuerzas de seguridad, estén o no en funciones, cuando ello provoca la muerte de un ciudadano. No me refiero a los hechos culposos. No se trata de paralizar a la policía cuando atropella a alguien manejando una ambulancia o un patrullero. Hago referencia a los dolosos, los casos llamados de gatillo fácil.

Desde la década del 90 se han presentado iniciativas en torno de esta cuestión. Esperamos que pronto se logren consensos para seguir incluyendo agravantes en el artículo 80.

¿Por qué seguir incluyendo agravantes? Soy partidario de incluirlos porque pienso que esto va a ayudar a resolver mejor los problemas que tenemos por delante. No estoy en favor del aumento de las penas sino de que estas se cumplan y de que el sistema institucional garantice la menor impunidad posible.

Han cambiado los códigos de la vida de la calle. No digo esto en el sentido que se ha comentado aquí de manera casi ridícula al asociar pobreza con criminalidad. Todos sabemos que las condiciones de desempleo y marginalidad agudizan el delito, la tensión y la violencia social.

Es evidente que ante los cuarenta o cincuenta policías que cayeron muertos este año hallándose fuera de servicio, comiendo en un restaurante o estacionando su vehículo en la puerta de su casa a las cuatro o cinco de la mañana, el personal policial necesita una respuesta y acompañamiento de quienes tenemos la responsabilidad de ejercer el Poder Legislativo de la Nación.

No digo esto para cautivarlos ni tampoco pienso que sea un sucedáneo del aumento de sueldo que merecen y que la Argentina no puede dar; no es un sucedáneo de la estrategia penal.

No es éste un debate sobre la naturaleza de las penas —si es coactiva, educativa o ejemplificadora—; no es eso lo que estamos discutiendo. Queremos escribir en este artículo algo que ya está dicho, que no es interpretado como corresponde, y en esta particular situación que vive la Argentina parece necesario hacerlo.

No será éste el último de los agravantes de reclusión y prisión perpetua del artículo 80 del Código Penal. Hay otros pendientes, que tenemos que tipificar con cuidado y respeto.

Tratándose de un tema de tanta importancia, jerarquía y trascendencia, ante la puerilidad de la idea draconiana de que el Estado onnipotente y autoritario es eficiente, tampoco contribuiríamos a la eficiencia reconociendo que todo está bien.

Este Código Penal es un conjunto de convenciones; lo enunció un colega hace unos momentos, pero no terminó de decirlo.

Los tratadistas dicen que quien infringe la ley penal es aquel que la cumple, porque la redacción de la ley penal establece una conducta positiva. No dice, como en los diez mandamientos, “no matarás”. Establece que el que matare a otro tendrá de tantos a tantos años de prisión.

En los intersticios de este código del régimen procesal, de la insuficiencia de la respuesta de la sociedad frente al gran delito o frente al delito menor, se va colando una sensación de que este es el país del todo vale, con grandes delitos y estafas impunes. Pero ante una situación tan agónica como la que hoy tiene de smoralizada al conjunto de nuestras fuerzas de seguridad, creo que debemos decirles que las apoyamos mientras les exigimos una conducta de respeto a los derechos humanos y afianzamos la idea de que están detenidos y en prisión los policías que no sólo cometieron delitos contra la vida, sino también aquellos que fueron juzgados por casos de gatillo fácil, e incluso el ex jefe de la Policía Federal Argentina por gatillos que él no apretó.

Además, quiero señalar que no estamos asistiendo a un problema de impunidad. ¿Saben cuál es el nivel de condena de los tribunales orales de la Capital Federal? En el noventa por ciento de los casos que llegan a juicio los imputados son condenados. Queremos que estos casos también lleguen a juicio con todos los elementos.

Para terminar y ser breve, quiero señalar que el diputado Zamora se equivoca. La iniciativa no está aquí por razones oportunistas. Hace semanas, meses y años que existen proyectos de esta naturaleza, que están demorados en la Comisión de Legislación Penal de la Cámara. Ahora esta iniciativa ha logrado consenso, y a ella deberán seguirle otras para establecer los equilibrios que correspondan.

Quiero decir que no se puede obligar a un policía a que se desarme cuando sale de su trabajo. No se lo puede condenar a muerte obligándolo a dejar su arma en la comisaría, en el Departamento Central o en la seccional donde trabaja. Sería condenarlo a muerte. Tampoco, aunque se ha ensayado en algunas provincias, se puede quitar del reglamento la idea de que cuando está fuera de servicio, el policía no debe involucrarse en la lucha contra un delito ni actuar frente a un hecho in fragante. Sería lo mismo que decirle a un médico que no intervenga ni se comprometa frente a un accidente en la calle. El policía reacciona por instinto y cumpliendo con su deber.

Nosotros debemos colaborar con las escasas herramientas de que disponemos. Fíjense que no debatimos el presupuesto, ni las políticas educativas y carcelarias, ni el procedimiento criminal, ni la superposición de jurisdicciones, ni los conflictos de control de las policías provin-

ciales con la Federal, que no siempre dan los mejores ejemplos. Como sólo consideramos un artículo del Código Penal que establece agravantes para este tipo de homicidio, en este debate específico lo que podemos decir es que damos un paso de franqueza y de sinceridad. Modestamente, creo que lo propuesto es correcto, por lo que voy a respaldar el proyecto que fundamentó brillantemente el señor diputado Fayad. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Camaño). – Tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. – Señor presidente: cuando inicié mi exposición y fundamenté este proyecto dije que aspiraba a un debate conducente, aquel que aporta ideas al mejoramiento de la iniciativa, que no necesariamente tienen que ser coincidentes.

Muchos señores diputados se expresaron con solvencia, incluso aquellos que lo hicieron en contra de la iniciativa. Demostraron con solidez su preocupación por el tema.

No solicité interrupciones, pero entre otras cosas un señor diputado dijo que quienes pensábamos de una manera distinta a la de él no teníamos autoridad moral, éramos demagogos y oportunistas, y aparentábamos sensibilidad.

Creo que en ninguna de mis expresiones ofendí a nadie. Al señor diputado Zamora le desconozco autoridad para referirse así a mi persona. Al igual que otros señores diputados, he trabajado durante dos años en este proyecto. He consultado a especialistas en derecho penal, jueces, fiscales y he estudiado, investigado y comparado con otras legislaciones.

No me quiero enredar en un debate de agravios. Nuestra formación cultural –no quiero introducir una confrontación entre el interior y la Capital–, lleva a que nos respetemos entre todos los señores diputados.

Contamos con la debida legitimidad y por eso estamos actuando y dictando normas. Sin embargo, me parece que tenemos una deformación conceptual. No he hablado de modificar una ley para dar mayores atribuciones a las fuerzas públicas.

Recién me preguntaron por qué se daban mayores facultades a la policía y no a la gendarmería. En no menos de diez oportunidades expliqué que cuando hablo de fuerzas de seguridad me estoy refiriendo a la Gendarmería Nacional, la Prefectura Naval Argentina y la Policía Aeronáutica Nacional. Es decir, que en

esa confrontación de valores uno no se puede guiar única y exclusivamente por el origen de la provincia de la cual uno proviene.

Con respecto a los niveles de corrupción solamente se han citado casos de la Policía Federal y policía bonaerense. Pero no se ha dicho que las fuerzas de seguridad son de todo el país.

Además, los agentes de seguridad que cometen ilícitos tienen en su contra un agravamiento de las penas. Los apremios ilegales también agravan sus penas, como cualquier otro tipo de delito que cometan como tales.

Les cae el rigor de la ley, pero a pesar de ello he escuchado expresiones injustas.

¿No nos estamos quejando los legisladores cuando permanentemente nos bastardean por igual, nos agravian a todos de la misma manera y nos colocan en la misma bolsa? Nos quejamos porque pensamos que las generalizaciones siempre llevan encerrada una injusticia. ¿Por qué hacemos lo mismo con las fuerzas de seguridad? ¿No estamos nosotros mismos padeciendo a diario esa indiscriminada agresión como legisladores de la Nación? ¿Por qué hacemos lo mismo con las fuerzas de seguridad?

Existe una ventaja, aunque algunos no la adviertan: ¡la democracia exhibe sus lacras! ¡Exhibe sus lacras en la política! ¡Exhibe sus lacras en el proceder policial! ¡Exhibe sus lacras en la economía! ¡Exhibe sus lacras en los medios de comunicación!

Nuestra formación provinciana nos lleva a escuchar lo que se dice en el Parlamento. Así es la democracia, pero a veces nos vemos sometidos a cuestiones culturales que son propias de la Capital Federal.

Es más, escuchamos a fenómenos políticos que son propios de la Capital Federal, aunque a veces las realidades de nuestras provincias no tengan absolutamente nada que ver.

¿Hay corrupción en el seno de las fuerzas de seguridad? Desde luego que sí. Pero también están las normas represivas a tal efecto. Sin embargo, ninguna mención se hizo de aquéllos que cumplen con su deber acabadamente.

Podrán decir que existen ciertas irregularidades, pero les puedo asegurar que en mi provincia, por ejemplo, los vecinos le arreglan el patrullero a la policía, porque no cuenta con recursos; el que es mecánico le soluciona los problemas del motor, y entre todos juntan los recursos necesarios para proveer a la unidad de

combustible. Es verdad que no corresponde hacer eso, pero frente a la necesidad se actúa de esa manera, es decir, solucionando el problema.

Hemos aguantado hasta con estoicismo que se generalice y se tenga una visión del país en función de la que se tiene sobre la Capital Federal, y aclaro que no soy de los que inútilmente levantan banderas federalistas.

La Ciudad Autónoma de Buenos Aires —como ha dicho el señor diputado Zamora— reclama “que se vayan todos”; entonces, si esta ciudad quiere autogobernarse desde las plazas, en la forma como pretendieron hacerlo los atenienses, que a los pocos días de haberlo intentado plantearon la conveniencia de elegir representantes...

Sr. Presidente (Camaño). — Si me permite, en razón de que el señor diputado Francisco Gutiérrez está solicitando una interrupción, la Presidencia aclara que cedió el uso de la palabra al señor diputado Fayad por ser autor de uno de los proyectos, y luego cerrará el debate el señor diputado Fali.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. — Como decía, señor presidente, si la ciudad de Buenos Aires quiere elegir aquel mecanismo de gobierno que ya probaron los atenienses y que no funcionó, que lo haga; es autónoma. *(Aplausos)* Y si un señor diputado dice que la gente reclama porque se vayan todos, que empiece por irse él. A nosotros no nos piden que nos vayamos sino que brindemos soluciones, que trabajemos; pero estamos trabajando en un ambiente hostil. Cuánto más nos gustaría sesionar en Viedma, en Río Cuarto o en cualquier otro lugar.

Días pasados, en un programa emitido por Radio Mitre, conducido por dos periodistas, una mujer dijo: “Entre que somos pocos con nuestros legisladores tenemos que aguantar a los del interior”, como si fuéramos un lastre, una carga, gente que viene a la Capital por placer.

Volviendo al tema en debate, se dice que el proyecto generará el aumento de la represión. ¿Qué tiene que ver esto con la represión? ¿Qué tiene que ver el agravamiento de la pena con los casos de “gatillo fácil”? Proponemos agravar y calificar la pena cuando la víctima sea un miembro de las fuerzas de seguridad, y nos preguntan: “¿Por qué sólo en este caso y no si se

trata de un quiosquero, de un anciano o de un miembro de la seguridad privada?" Sucede que la autoridad que en nombre del Estado ejerce la responsabilidad que le hemos dado, actúa precisamente no en función de un contrato privado sino en cumplimiento de la potestad exclusiva y excluyente que tiene el Estado en el ejercicio del monopolio de la fuerza.

No se trata aquí de la modificación del artículo 80 bis del Código Penal establecido por la dictadura militar, que determinaba la pena de muerte para quien atentara contra las fuerzas de seguridad o las fuerzas armadas. En nuestra propuesta no están comprendidas las fuerzas armadas; a éstas les hemos confiado la defensa de la República y no la seguridad interior.

Por otro lado, se hizo alusión a la obra *Los miserables*, donde una persona roba por necesidad; pero en el Código Penal esa es la figura del hurto famélico, es decir, el que se produce a raíz de una extrema necesidad de hambre.

No estamos facilitando mecanismos de represión...

Sr. Presidente (Camaño). Si me permite, el señor diputado Giustiniani le está solicitando una interrupción.

Sr. Fayad. — Ya concluyo, señor presidente.

Sr. Presidente (Camaño). Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. — En definitiva, no existe oportunismo ni demagogia. Hay que ser muy retorcido para pensar que estamos tratando esta iniciativa hasta que llegue del Senado el proyecto que se está esperando, porque desde hace dos años estamos intentando que se sancione el proyecto de ley en discusión. Entonces, ¿por qué se piensa que todos estamos permanentemente en una conspiración? Nosotros tenemos que dar soluciones.

Solicito que el cuerpo se pronuncie favorablemente sobre la modificación contenida en el proyecto registrado bajo el expediente 7.712-D.-01 que diera origen a este debate, y pido asimismo que la votación se practique en forma nominal, porque en la vida, en la política y en la tarea legislativa, cada uno debe hacerse cargo de las posiciones que adopta frente a la sociedad.

Por lo expuesto, pido a mis pares que voten favorablemente. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Camaño). Tiene la palabra el señor diputado por Tucumán.

Sr. Falú. — Señor presidente: me corresponde poner fin a este debate que no hemos abierto los diputados sino las bandas armadas que han asoiado las calles de la República asesinando policías, los pasamontañas que tapan las caras de los bandidos, las escopetas de caño recortado y las balas homicidas incrustadas en las cabezas de más de un centenar de policías.

La sociedad ha pedido que traigamos el debate a este recinto, y no obstante ello quienes propiciamos la sanción de este proyecto hemos sido calificados desde el comienzo de esta sesión hasta pocos minutos atrás de oportunistas, irresponsables, inoperantes, facilistas, demagogos, autistas, incompetentes, hipócritas, cómplices y malas personas. Se dijo todo esto a quienes en nombre de las ideas pensamos distinto de los que sostienen que no se deben agravar las penas.

Por lo expuesto, antes de desarrollar mi exposición deseo expresar mi solidaridad con mi compañero de bancada, el señor diputado Cigogna, quien defendió su ética frente a otros legisladores que creen que la propia es la única que existe en la República. Se trata de señores diputados que sesión tras sesión desde la última fila de bancas pretenden darnos lecciones sobre los principios morales y éticos y acerca de cómo deben funcionar las instituciones de la República. Quisiera que quienes así opinan y nos descalifican alguna vez se dediquen a atender la situación de las mujeres violadas, los chicos que caen en manos del narcotráfico, las familias con un padre caído por las balas asesinas, y terminen con ese discurso facilista que confunde a la sociedad.

Una cosa es la causa de los delitos, y en esto suscribo lo expuesto por quienes se oponen a esta iniciativa. Ciertamente la pobreza, la drogadicción y la violencia constituyen causas del delito, pero muy distinto es el delito en sí mismo como fenómeno histórico. Una cosa es la drogadicción y sus causas y otra el narcotráfico. Una cosa es la causa del ataque a la honestidad de las mujeres y otra el violador. Unos deben ser atendidos por determinados departamentos del Estado, como las direcciones de familia y minoridad y la comunidad en su conjunto. Pero el delito debe ser atendido por el sector que prevé la Constitución, que son las fuerzas de seguridad y el Poder Judicial. En ese sentido, no se puede pedir a un integrante de una fuerza de seguridad o a un miembro del Poder Judicial

que haga un estudio psicosocial para prevenir una violación o reprimirla.

Cuando un delito se consume debe ser ontológicamente tratado como un ataque a la sociedad en su conjunto, con independencia de las causas. Esta es la gran discusión que de modo erróneo están manteniendo los argentinos. Una vez más hemos caído en esta confusión entre el delito propiamente dicho y sus causas.

Los argentinos tenemos una historia muy difícil frente al delito. De la doctrina de la seguridad nacional —cuyo nombre es sinónimo de pérdida de las libertades— hemos pasado violentamente al otro extremo, en el renacimiento de nuestra democracia, cuando en nombre de la libertad a veces se ha llegado a permitir hasta el libertinaje.

Hay que encontrar el justo medio en la política de seguridad para que no se sacrifique esta última ni la libertad, una en aras de la otra. Para evitar este sacrificio debemos dejar de confundir el delito y sus causas.

La política criminal no comienza ni termina con el Código Penal. Nadie ha sostenido eso. La política criminal —o, más precisamente, la política de seguridad— tiene planos normativos que necesariamente están en el Código Penal y en los códigos procesales. Tiene otro plano, que es el operativo, propio de las fuerzas de seguridad, y un tercer plano, que es la intervención de la comunidad en la prevención del delito. Todo esto hace a la política de seguridad.

Hoy no estamos debatiendo la política de seguridad nacional. Estamos convocados para tutelar un bien jurídico, de los tantos que el Código Penal debe proteger. Ese bien jurídico es la vida, de modo directo; es la vida de servidores públicos que están siendo exterminados impunemente en nuestras calles. También hay un bien jurídico mediato que tutela el Código Penal, que es nuestra propia seguridad pública, objetivo hacia el que ellos destinan su función.

El agravamiento de la pena corresponde al Código Penal y si actúa como prevención. Es falsa la dicotomía entre garantistas o conservadores. Si me tuviera que intitular, honestamente lo haría como garantista, porque lo soy y he escrito como tal. Si tuviera que incluirme como conservador o progresista no dudaría en decir que soy progresista en todos los aspectos. Pero una cosa son los rótulos y otra los quehaceres que la ley nos manda hacer en el Poder Legislativo. No somos nosotros quienes debemos

encarar la política de seguridad. Debemos contemplar el plano normativo de la seguridad, y a partir de las normas que dictemos se desarrollará a posteriori la política de seguridad que en cada caso corresponda. De ese modo este aumento de pena actúa con un fin preventivo, porque al Código Penal se lo ha llamado —como bien dijo el señor diputado Stubrin cuando me precedió en el uso de la palabra— “el código de la libertad”, ya que en él hemos asegurado que ante el no cumplimiento de determinadas conductas que allí se describen nuestra libertad está protegida.

Nuestra misión es estática; consiste simplemente en dictar la norma para que los otros departamentos del Estado le den el dinamismo que concierne a esa norma. Hoy por hoy, para quienes pensamos de una manera determinada es un postulado irrenunciable agravar las penas a fin de dar protección a un bien jurídico que se ve severamente lesionado. Quizás cuando desaparezca esa lesión —como ocurrió muchas veces en el Código Penal argentino— deje de existir este nuevo tipo penal que estamos creando. Pero no estaríamos interpretando la realidad si no optáramos por la pena como fin preventivo, como fin de disuasión del delincuente. Y que no se diga que con esto vamos a generar una espiral inflacionaria del delito en función de los estudios estadísticos que se han citado, que no constituyen una base para legislar en este caso.

La política carcelaria es la que debe discernir sobre esta jerarquía del hampa, por la que se da el mayor trofeo a aquel que mata a un policía. Cuanto más alto es el nivel del delito, más elevada es la jerarquía en el mundo del hampa.

Pero este no es un problema del Congreso Nacional, sino de la política carcelaria. Lo que nosotros tenemos que hacer es aprehender a la realidad que tenemos delante nuestro. Debemos recoger el sentimiento popular, porque no hay nada más natural que acoger ese sentimiento y no tener miedo a esa falsa denominación de política de mano dura como si estuviéramos emparentados con el Proceso de Reorganización Nacional.

Esto no es mano dura, sino el imperio de la legalidad. Esto es decir que estamos dispuestos con las manos rígidas, que no es lo mismo que la mano dura; con el brazo firme, que no es lo mismo que la mano dura, para restaurar la legalidad. Que se sepa que el que las hace las paga.

Quienes invocaron estadísticas de Estados Unidos, Brasil e Inglaterra de tener en cuenta que en esos países aplicaron la tolerancia cero. Me refiero a Nueva York y al país que se precia de ser el más democrático del mundo.

No olvidemos que Tony Blair ganó las elecciones en Inglaterra exhibiendo como primer postulado la defensa de la seguridad pública, con una política firme y rígida en Gran Bretaña. En Brasil, el Ejército —no la policía— irrumpió en Río de Janeiro para que imponiera nuevamente la legalidad, porque el delito lo estaba ganando a la ley en todas esas latitudes.

Esa es la realidad y no sólo las estadísticas que se dan de esos países. No se trata solamente de que a través de la ley tengamos que crear un tipo penal estático. Se trata de dar mensajes a la sociedad, porque en definitiva la ley es un mensaje político.

¿Por qué señalar como una crítica negativa lo que en algún momento sufrimos en la Comisión de Legislación Penal, es decir, que hay que elaborar un mensaje? Por supuesto que hay que darlo, y lo ratifico. El mensaje es que no hemos sido nosotros quienes trajimos este tema de debate a la Cámara de Diputados.

Quiero terminar como empecé: al debate lo han provocado las balas disparadas, las escopetas recortadas, los pasamontañas, los delinquentes que matan a nuestros policías. Lo han traído al recinto los ríos de sangre que han corrido en la República en los últimos años. Eso fue lo que produjo el debate y no la demagogia o el oportunismo.

Por eso, en nombre de la mayoría del bloque Justicialista, no de la totalidad, voy a pedir que se tenga por dictamen...

Sra. Monteagudo. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado, con la venia de la Presidencia?

Sr. Falú. — No, señora diputada.

Decía que vamos a solicitar que se tenga en cuenta como texto consensado el que ha quedado redactado de la siguiente manera: "Incorpórase como inciso 8 del artículo 80 del Código Penal, el siguiente: A un miembro de las fuerzas de seguridad pública policiales o penitenciarias, por su función, cargo o condición."

Este simple texto, de menos de dos renglones, resume un largo debate que se tuvo en la Comisión de Legislación Penal, donde quedan comprendidos como miembros de las fuerzas

de seguridad pública, como bien señaló el señor diputado Fayad, quienes están comprendidos en la ley de seguridad interior: Prefectura, Gendarmería, Policía Federal y las policías provinciales, y a las penitenciarias se las pone de modo expreso ya que no están incluidas en la ley de seguridad interior.

Asimismo, se califica que la protección que brinda este inciso agravado se da en orden a las fuerzas públicas de seguridad para que no queden comprendidas, ni se preste a interpretación, las empresas privadas de seguridad que tienen otra naturaleza.

Se ha puesto dentro del texto que tipifica el delito el hecho de matar al policía "por su función, cargo o condición", de modo que queden comprendidos aquellos policías que estén o no en actos de servicio. O sea que lo que importa es el simple acto administrativo de designación.

Además, hemos incluido la expresión "condición", a efectos de que comprenda también a los miembros de las fuerzas de seguridad retirados. Es decir que esta propuesta comprende tanto a los agentes activos como a los retirados.

Por lo tanto, a los fines de la votación, solicito que este proyecto sea considerado como dictamen único de la comisión y sea aprobado por la Honorable Cámara. *(Aplausos.)*

Sr. Presidente (Camaño). — La Presidencia aclara que teniendo en cuenta que el proyecto propuesto por el señor diputado Falú —vinculado con el expediente 7.712-D.-01— consta de un solo artículo, se va a votar en general y en particular en una sola votación.

Sr. Fayad. — Pido la palabra para una aclaración.

Sr. Presidente (Camaño). — Para una aclaración tiene la palabra el señor diputado por Mendoza.

Sr. Fayad. — Señor presidente: teniendo en cuenta que usted ha hecho referencia al expediente 7.712-D.-01, creo que por una cuestión de hermenéutica jurídica y de técnica legislativa sería más correcto hacer mención al proyecto de mi autoría. Aclaro que no tengo vanidades intelectuales ni aspiro a que la norma sea conocida como "ley Fayad".

Además, si bien el señor diputado Falú propone una redacción que quizás no surge de un consenso unánime, sí recoge el espíritu de la mayoría de los integrantes de esta Honorable Cámara. Entonces, como no quiero que se divi-

da esta votación, adelanto que votaré afirmativamente el texto propuesto por el señor diputado por Tucumán.

Sr. Presidente (Camaño). — A efectos de que nadie se sienta excluido, la Presidencia aclara que figuran como antecedentes de este proyecto los contenidos en los expedientes 7.712-D.-2001, 3.143-D.-2001, 4.319-D.-2001, 6.865-D.-2001, 1.174-D.-2002, 1.176-D.-2002, 1.239-D.-2002, 1.191-D.-2002 y 1.286-D.-2002.

Sra. Carrió. — Señor presidente: solicito que la votación se realice en forma nominal.

Sr. Presidente (Camaño). — Se va a votar nominalmente.

La Presidencia informa que los señores diputados Jobe, Blanco y Chava, que no han sido registrados por el sistema electrónico, han hecho saber que se pronunciarán por la afirmativa.

—Se practica la votación nominal.

—Conforme al tablero electrónico, sobre 217 señores diputados presentes, 162 han votado por la afirmativa y 52 por la negativa, registrándose además 2 abstenciones.

Sr. Secretario (Rollano). — Se han registrado 162 votos por la afirmativa, 52 por la negativa y 2 abstenciones.

—Votan por la afirmativa los señores diputados: Abalos, Acevedo, Agüero, Alchouron, Allende, Álvarez, Amstutz, Arnaldi, Baigorria, Baladrón, Balian, Baltuzzi, Basile, Pasualdo, Baylac, Bayonzo, Becerra, Berme, Bianchi Silvestre, Blanco, Bortolozzi, de Bogado, Briozzo, Britos, Brown, Bucco, Caballero Martín, Calvo, Camaño (G.), Cambareni, Canevarolo, Cantini, Capello, Caminos, Castellani, Cavallero, Caviglia, Coezo, Cettour, Chaya, Chiachio, Cigogna, Cisterna, Conca, Conte Grand, Córdoba, Corfield, Correa (E.H.), Correa (J.C.), Coto, Courel, Cusinato, Daher, Diamiani, Daud, Di Benedetto, Díaz Bancalari, Díaz Colodrero, Dragan, Elizondo, Fato, Fayad, Ferrari de Grand, Ferrero, Figueroa, Foglia, Foresi, Frigeri, Geijo, Giubergia, González (O.F.), González, (R.A.), González Grosso, Gutiérrez (J.C.), Herrera, Herzovich, Honcheruk, Humada, Iparraguirre, Jaroslavsky, Jobe, Johnson, Kuncy, Latilla, Lamisovsky, Larreguy, Leonelli, Lénoud, Lix Klett, Lofrano, López, Lorenzo, Loutaif, Lugo de González Cabañas, Lynch, Maldonado, Martínez (S.V.), Mastrogiovanni, Matzkin, Menem, Millet, Minguez, Mirabile, Moisés, Molinari Romero, Montoya, Morales,

Moreau, Mukdise, Narducci, Natale, Nieto Brizuela, Nieva, Obeid, Olivero, Osorio, Ostropolsky, Osuna, Oviedo, Palou, Pascual, Patterson, Peláez, Pepe, Pérez Martínez, Pernasetti, Picazo, Pilati, Pinto Bruchmann, Pruyas, Puig de Stubrin, Quintela, Rapetti, Rattin, Rial, Rico, Rivas (O.V.), Rodríguez (J.), Roggero, Romero (G.L.), Roy, Rubini, Salim, Sánchez, Sebriano, Seillarés, Snopek, Solanas, Solmoirago, Storero, Stubrin, Tanoni, Torrontegui, Trejo, Tulio, Ubaldini, Urtebay, Villaverde, Vitale, Vivo, Zottos, Zúñiga.

—Votan por la negativa los señores diputados: Accavallo, Alessandri, Argul, Basteiro, Biglieri, Bonacina, Bordenave, Bravo, Breard, Caliero, Carrió, Cortinas, De Nuccio, Di Leo, Filomeno, García, Garré, Giustiniani, Gómez, González (M.A.), González (O.R.), Gutiérrez (A.V.), Gutiérrez (F.V.), Llano, Macaluse, Martínez Raymonda, Martínez C.A.A.), Melillo, Milesi, Montegudo, Musa, Neri, Parentella, Piccinini, Polino, Quiroz, Raimundi, Rivas (J.), Rodil, Rodríguez (M.V.), Romá, Romero (H.R.), Roselli, Sardi, Sodá, Stolzner, Tazzioli, Vázquez, Villalba, Vitar, Walsh, Zamora.

—Se abstienen de votar los señores diputados: Esain, Gutiérrez.

Sr. Presidente (Camaño). — Queda sancionado el proyecto de ley.¹

Se comunicará al Honorable Senado.

2

MOCION DE ORDEN

Sra. Camaño. — Pido la palabra para una moción de orden.

Sr. Presidente (Camaño). — Tiene la palabra la señora diputada por Buenos Aires.

Sra. Camaño. — Señor presidente: conforme con lo establecido por el inciso 7 del artículo 127 del reglamento solicito que se difiera por tres horas el tratamiento del resto de los temas que figuran en el plan de labor de la presente sesión a efectos de considerar el asunto cuyo ingreso habré de solicitar que se autorice.

Sr. Presidente (Camaño). — Se va a votar.

—Resulta afirmativa.

¹ Véase el texto de la sanción en el apéndice. (Página 654.)